La muerte del cóndor

Vargas Vila


MUERTE del CONDOR
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014842619
J.M. VARGAS VIL

La Muerte del Condor

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

J. M. VARGAS VILA

La Muerte del Cóndor



BUENOS AIRES

PREFACIO
PARA LA EDICION DEFINITIVA

El estupor inmenso del momento de Horror, pasado había,
la gleba próvida, la sangre heroica había absorbido;
sobre las sílices, el sol magnífico, la había secado;
la hierba empurpurada tornaba a hacerse cándida, con un verdor divino de Esperanza, sobre el lugar siniestro donde el licor cálido de las abiertas venas, había esplendido en un róseo fulgor;
el Espanto había dejado de cabalgar sobre la tierra trémula;
y, hacía centinela cerca de la tumba augusta, hecha el rudo crisol, donde hervía el oro férvido de la Gloria;
las cenizas del Héroe, ya dispersas tremaban como crisálidas de argento que sembraron del polvo de sus antenas el aire luminoso;
las alas titánicas del Silencio, cubrían el lugar del Sacrificio;
bajo ellas, mudo artífice, el Tiempo laboraba su obra de Reivindicación;
la voz de los siglos por entre los intercolumnios de los cipreses lánguidos, murmuraba su pánida canción;
de Gloria;
sin palabras;
los corceles de las cuadrigas de la Victoria, yacían inermes, rotos los frenos, las soberbias cabezas inclinadas sobre la Tumba Sagrada en señal de Adoración;
su relincho atronante había callado para venerar las manos audaces, ya inertes, de aquel que los había llevado tantas veces, por senderos de prodigios, hacia los campos del Triunfo;
un suave frémito de selvas próximas, acariciaba con un hálito casto y triunfal, la sombra doliente del Segundo Libertador ecuatoriano, vagando cerca de su tumba en desamparo...;

el lenón pútrido, que había abierto por mano de sus esclavos ebrios y pávidos, esa fosa, para sepultar en ella, la más alta Virtud de la América hispana, reinaba Omnipotente en el Imperio de fango y de Horror que había fundado.

Leónidas Plaza, ese felón de angiporto, lúbrico y fatal, que había hecho arrastrar el cadáver del Héroe, a las gemonías del fuego, imperaba en aquella soledad de almas, donde los pocos hombres libres que aun vivían contenían el aliento, temerosos de ser denunciados por los esclavos, en orgasmo de su ignominiosa fidelidad al vicio y al mendrugo,

ese fantasma de Augústulo —y, perdóneme la ominosa comparación, la sombra del párvulo cesáreo— se creía Omnipotente;

ensayaba gestos de una trágica comicidad, en el Solio Presidencial, sobre el cual, aun siendo el tablado de Arlequín, los cortinajes del dosel, fingían los lineamientos del maderamen de una horca sobre su frente de granuja triunfador, epiléptico de Oprobio;

y, era como un feto de hiena, reinando en el corazón de una selva dormida;

agobiado de joyas y de crímenes, el asesino de Eloy Alfaro, temblaba ante el espectro sangriento que surgía del fondo bermejo de la hoguera inextinguible;

sentía en el Silencio pasar el vuelo augural de las victorias del Héroe, pidiendo el canto remoto de los siglos futuros;

en el horizonte lejano sentía el aliento de la gran floresta histórica, hecha una selva de laureles inmortales, esperando la hora en que hubiera manos dignas de cortarlos para adornar con ellos la tumba del Héroe;

y, tembloroso de Miedo y de Ignominia, cerraba los ojos ante el glorioso fantasma en cuya frente la saliva del esbirro se hacía una luminosa gema de inmortalidad;

el Héroe dormía, bajo el manto de sus victorias, extendido sobre su tumba, como un sudario inconsútil, seminado de soles;

y, el Asesino velaba en la sombra del Solio, torvo en el sillón presidencial, que era como un pílori de infamia, y pensaba:

que él, había podido arrojar al Héroe fuera de la Vida, pero no podía arrojarlo fuera de la Historia;

que había podido hacerlo entrar en la tumba, pero, no había podido hacerlo entrar en el Olvido;

entonces soltó tras de la sombra del Héroe, los dos canes amaestrados de su traílla;

el Silencio;

y, el Insulto;
donde no imperaba el uno, aullaba el otro;
silenciar a Alfaro, era la parte sospechosa *del deber;*
insultar a Alfaro, era la parte gloriosa *de él;*
toda la gloria *del momento residía en aquel gesto asqueroso de matonismo bestial, ejercido contra un cadáver;*
casi toda la plebe mental del Ecuador se puso a esa tarea;
el canallaje estipendiado rebasó los límites de la bajeza, hasta hacer fundirse los tipos de las imprentas, al calor de la vergüenza, reproduciendo tanta infamia;
en el extranjero, la jauría difamadora aullaba, casi toda apoyadas las patas traseras en los cuarteles de un escudo consular;
los más viejos mastines de la Detractación vieron cubiertas las lacras de sus lomos, por los entorchados de un uniforme de Embajador, con la sola misión de huchear los galgos del dicterio y deshonrar el nombre del Gran Muerto;
entonces apareció este libro (1);
como un homenaje al Héroe decapitado;
como un desafío al Asesino coronado;
coronado por el Exito;
y, por la Adulación;
toda la Retórica del Serrallo vino entonces contra este libro; toda;

los bonzos gelatinosos del Capitolio de Quito, se volvieron hacia su Amo para desagraviarlo, balbuceando cosas ineptas contra mí;

los niños mamantones del Tiberio ecuatorial, soltaron aquello que les servía de biberón, para vomitar sobre mís sus prosas escrofulosas, y, se dispersaron por las repúblicas del Pacífica para polucionar las prensas con sus dicterios de foliculares vergonzantes;

alguno de aquellos fetos de la prostitución, abortado sobre los dierios peruanos, osó embestir contra algún libro mío, con esa prosa enclenque y glutinosa con que luego ha abordado grandes temas literarios, sin embermejecer de su ineptitud, ni llegar a tener conciencia de su prodigiosa imbecilidad;

hay que hacer esa justicia a la mentalidad ecuatoriana: el Despotismo bermellón de Plaza, no logró sobornar ninguna mentalidad verdadera contra mí;

(1) En el año de 1914.

en cambio, en las bajas capas de la cerebralidad, fué una verdadera orgía de dicterios; regurgitó la cloaca;

hubo levas de escudos en los presidios, donde los forzados más dignos de la cadena, ofrecían convertir el hierro de ésta, en una pluma para insultarme, o en un puñal para atravesarme el corazón;

su oferta fué aceptada;

y, los licenciados de presidio se hicieron escribidores para insultarme;

los grandes rotativos de la Difamación, fatigaron sus máquinas en esta ímproba tarea;

no hubo chimpancé prófugo en una selva ecuatoriana que no fuera traído a Quito o a Guayaquil, para arrojarme sus deyecciones, haciendo cabriolas colgado del rabo en las columnas de un diario;

hasta la Pedagogía, casi siempre inofensiva, ofreció sus pámpanos de brutalidad para esta opima cosecha de servilismo proficuo;

y, un cholo *menesteroso, que deshonra, llevándolo, el apellido de una familia ilustre de la cual sin duda, sus antecesores fueron esclavos, creyó llegado el momento de vender sus prosas de indígena tartamudo, y, escribió un libro de crítica bozal, contra todas mis obras, hasta entonces publicadas, y lo ofreció a su Amo, que lo pagó con munificencia;*

pero, todo eso allende el Atlántico sucedía; que aquende, no hubo fuerzas para tal;

se ensayó;

hízose venir de Buenos Aires, a donde deshonraba la miseria y fatigaba la crápula, un residuo de hampa cosmopolita, perenne locatario de cárceles en Centro-América y, prófugo entonces de tribunales españoles;

ese tal, había deshonrado en sus mocedades ya remotas el tiranicidio, presenciando —según él decía— el de García Moreno, y delatado luego a sus autores;

mancillado había la emigración, ejerciendo de carterista en Lima, y de espía, cerca de Eloy Alfaro entonces proscripto, al cual robó su reloj, forzando la mano generosa del Héroe, de cuya munificencia había vivido, a tomarlo por el cuello, y expulsarlo como a un lacayo, sorprendido en pleno ejercicio del robo;

de ahí el rencor avieso y el odio cafre, que el menguado proxeneta profesaba al Caudillo Inmaculado;

haciendo malos versos y ejerciendo sus artes de rufián como

jefe de una casa de mancebía hallólo cierto tirano maya (1) *a quien yo acosaba entonces con mis anatemas, en mis libros y en mi Revista "Némesis", y, ofreciósele, para venir a Europa,* a acabar con Vargas Vila, *que es la frase por la cual han viajado gratis, todos los foraminados de la prensa, que han logrado engañar la sanguinaria incapacidad de algún déspota* rural;

..*y, fué nombrado Cónsul de aquella Satrapía, en una ciudad de España;*

vino;

se refugió en la sombra y en el Silencio;

no me vió, no me nombró, no escribió una palabra contra mí;

en Málaga, donde yo solía invernar, huía de mí, por temor, decía, de ser denunciado, y de perder el puesto;

pero inició, por conducto de aquel tan noble espíritu, tan maravillosamente cultivado que era Isaac Arias Argáez, Cónsul de Colombia en aquel puerto, largos parlamentos conmigo, tendientes a exculparse de no visitarme por no perder el pan de su familia;

el objeto verdadero, y al fin claramente expuesto de esos parlamentos, era que yo lo introdujera de nuevo, en la amistad del General Alfaro, cosa que no obtuvo, aunque llevara su intemperante duplicidad, hasta enviarme, un muy antiguo folleto suyo, sobre una vieja cuestión histórica muy debatida, con esta dedicatoria: a Vargas Vila, el Víctor Hugo *americano;*

a pesar de todo esto, no lo vi nunca;

y, cuando Arias Argáez, después de haberlo librado de la cárcel, en la cual estuvo detenido por un hecho innombrable, organizó en su favor, entre cónsules y amigos, algo que no es del caso nombrar, yo contribuí a ello, sino con esplendidez, al menos sin parsimonia;

supe luego, que perseguido por la Justicia, había emigrado a Buenos Aires;

cuando Leónidas Plaza, tinto en la sangre de los mártires del Egido llegó al Poder, yo lo ataqué rudamente en mi Revista "Némesis";

entonces el granuja desconcertante y audaz, se le ofreció desde Buenos Aires, para venir a defenderlo;

y, vino;

fué nombrado Cónsul General del Ecuador en Madrid;

---

(1) Manuel Estrada Cabrera.

llegado a aquella Capital, se refugió en el Silencio más absoluto;

no escribió una sola palabra contra mí, ni sobre mí;

antes bien, me hacía llegar ecos amistosos por la boca de poetas y escritores que me frecuentaban, llegando hasta solicitar mi benévola *neutralidad (palabras suyas),* para que *no obstaculizara, la publicación de unos versos de él, en una Casa Editora de París, en la cual me suponía una influencia decisiva;*

y obtuvo esa benevolencia;

y, el manido esperpento impreso fué;

cuando después de haber deshonrado un noble hogar y de haber fatigado el escándalo y, el chantage, *y, sido huésped de la cárcel de Madrid, escapó de allí perseguido por robo, supo que yo estaba en París, comisionó a un eminente artista ecuatoriano, para preguntarme, si lo recibiría;*

le hice saber que no;

destituído de un Consulado ocasional que le habían dado obtuvo pasajes para su país;

iba ya en vena de oposición contra Plaza, que en un rapto de decoro oficial, lo había destituído;

de paso por Barcelona, estuvo en la Casa Editora de este libro, e hizo el elogio de la Obra, y el elogio mío;

fué embarcado por la munificiente caballerosidad, de alguien que desempeñaba un puesto oficial de su país:

y partió;

sin escribir una línea sobre mí...

él, que había venido a eso, exclusivamente a eso...

alguien me dijo luego, que al llegar a Panamá, y, para congratularse con Plaza, me había insultado en un diario;

tal vez;

el innoble folicular, encontraría aún estrecho el mar, para escudar su cobardía;

ignoro las dádivas, con las cuales Leónidas Plaza, pagaría al viejo fámulo, fatigado de corromper y corromperse;

si no fué Ministro, mereció serlo;

la canalla arrastradora, no tenía una más completa representación de su bajeza mental, que esta abominable flor de estiércol, nacida en el corazón putrefacto de la Cloaca;

no lo nombro;

este hombre es una deyección del Crimen en la Historia;

su nombre, merece el mismo Silencio del excremento, del cual es hermano;

yo, lo hundo en él;
que las alcantarillas del Desprecio, le sean clementes.

Después...
este libro ha vivido...
incontestado;
ha vencido:
agasajado por manos reverentes y, ojos inmaculados dignos de mirar hasta el fondo en el corazón de la Verdad;
hoy;
me toca releerlo y prefaciarlo, para introducirlo en la Colección Definitiva de mis Obras Completas, *que la Casa Sopena, edita;*
es una tarea que cumplo con gran placer;
porque ésta es, una de mis Obras Histórico-Políticas, que tocan más a mi corazón;
y, me son más amadas;
esta Síntesis Histórica, de uno de los crímenes más grandes de la Historia, fué escrita con una gran pasión, desbordante de Justicia y de Verdad;
la Piedad para el Crimen, no corrompió mis entrañas conmoviéndolas, como no debe corromper las entrañas de ningún Historiador;
en ese caso: Piedad es Complicidad;
ningún sentimiento innoble ha sobornado mi ánimo al escribirlo;
los muertos que yo defiendo, no pueden darme nada;
los vivos a quienes yo acuso, no habiendo podido corromperme con sus dádivas, ni herirme con sus ultrajes, me inspiran mucho desdén, para que puedan imponerme con su Odio;
las condiciones dinámicas de mi carácter y de mi temperamento, dan a mi concepción y a mi criterio históricos, un sentido netamente personal, en éste como en todos los libros míos;
si este libro tiene de Poema, es porque yo creo que la Poesía, es el alma verdadera de la Historia;
la Realidad Integral de la Historia, está en el Hombre;
el Hombre, es el factor del Hecho, no su creatura;
el protoplasma de lo heroico está en el Hombre, que crea el Hecho;
el Hecho es inerte;
toda la grandeza vital está en el Hombre;
en el Animador;

así en la Historia como en el Poema;

y, el Hombre que es la figura central de este libro —Eloy Alfaro— *entra por igual en el Poema, y en la Historia;*

como Vencedor;

entra y los magnifica;

se agiganta y, los agiganta;

los titaniza;

porque tuvo los dos lados resistentes de la Grandeza Extrahumana;

fué el Héroe, y, fué el Apóstol;

él, hizo de su espada un arado de luz, y abrió con él hondos surcos en el corazón de un Pueblo sumido en las tinieblas;

El Destino hizo de esa espada una cruz de Apóstol, y en ella clavó al Héroe, sobre la hoja aún trémula por la agitación de los últimos combates, atados los brazos sobre los de la empuñadura fúlgida, tibia aún de la mano generosa, que la había apretado con coraje en las últimas batallas por la Libertad;

y, clavó esa cruz sobre un Gólgota de llamas;

y, allí lo contemplará reverente, la procesión inacabable de los siglos por venir;

férvidos de Admiración;...

... ...
... ...
... ...
... ...

Lentamente, cautamente, ya se esfuma la Tiniebla en el pálido horizonte;

son las manos de una Aurora, redentora, y bienhechora, las que apartan esas sombras de las cimas del Desastre;

esa Aurora, es la Justicia;

la Justicia Histórica, que aparece sobre la tumba del Héroe, coronada de estrellas: las estrellas de la Inmortalidad;

esperemos conmovidos el levantar de esa Aurora;

ella trae entre sus ondas de azur, el Veredicto Inexorable de la Historia;

de la Historia, de la cual este libro es un fragmento;

inexorable también;

como el alma de la Justicia; que fué su Numen;

y de la Libertad; que fué su Dios.

1921.

VARGAS VILA.

LIMINAR

Ese pueblo ha hecho prisionera la Noche y se refugia en ella...:
¿Hasta cuando?

Debería escribir un Poema;

y, heme aquí, obligado a diluirlo, en las frías ondas de la Historia;

el Poema, es el refugio natural del Héroe; como el cielo, es el refugio natural de un dios;

los dioses y los héroes entraban todos, en los cielos incendiados de los Poemas antiguos;

la Historia, es un cielo inferior, en el cual, el Héroe entra despojado del prestigio sobrenatural que hace su gloria;

una mesuración a lo Berthelot;

la antropometría, aplicada a Aquiles...

el Héroe, saliendo del Poema y entrando en la Historia, se evade de los cielos para entrar en una prisión;

la Historia, es humana, y humaniza, a ese producto cuasi ultra-humano, que es: un **Héroe Auténtico.**

Héroe Auténtico, quiere decir: **Hombre de Libertad;**

porque fuera de la Libertad, o contra la Libertad, no hay heroísmo posible;

y, el Grande Hombre, cuya sombra evoco en estas páginas, era la representación completa del Héroe, en la más vasta y más pura acepción de la palabra;

el Héroe de la Espada;

el Héroe de la Idea;

Libertador.

Soldado;

y,

Soñador.

Desvirtuaría mi libro, si lo explicara aquí;

la Vida del Héroe que yo relato, viola los horizontes de la Historia, que se son estrechos, y se desborda sobre los mirajes desmesurados de la Leyenda, para perderse en ellos;

El Heroísmo de una hora, que es el Heroísmo de las batallas, es pequeño ante el Heroísmo de una Vida que es el Heroísmo continuado y tenaz en todos los campos de la Acción, hasta en el campo amorfo y brumoso de la Idea;

ese fué el Heroísmo de **Eloy Alfaro**; heroísmo de Guerrero y Conductor, que hizo de su Vida una como mar agitada y rumorosa, sobre la cual vibraron y se retrataron todas las tempestades de los cielos obscuros de su época;

la Epopeya Alfárida, será cantada algún día, con toda la orquestación lírica que pide esta Marcha Triunfal de un Pueblo hacia la Libertad;

este libro, es apenas, un canto del Poema;

aedas de la Democracia, homerizarán un día, la gran figura central de esta Ilíada, que terminó tan brutalmente en los trágicos campos del Egido.



Al publicar este libro, sé que hago una obra de Justicia Histórica;

y, sé también, que hago una limosna a todos los charlatanes foraminados de los bajos fondos de la prensa;

lo doy en alimento, a esos cazadores de mendrugos, que vegetan en las caballerizas oficiales; libelistas de burdo pelaje, saturados de la más oprobiosa bestialidad;

desde que se anunció la aparición de este libro, periodistas de merodeo, y gacetilleros de alquiler —aquende y allende el Mar—, se apresuraron a ofrecer, al Gran Asesino que

impera en Quito, ese instrumento de tortura del Honor, que ellos llaman su pluma, para defenderlo contra mí;

algunos de ellos, están aún en espera de esta aparición, para sacar su vientre de mal año;

arrojo este libro, a la mendicidad rastrera de esas almas, y soy feliz, de que con las glorias de Alfaro, y las prosas mías, puedan aliviar por un momento, la lastimosa miseria, a que su ineptitud venal los condena, a pesar de su clamorosa corrupción;

y, lo doy también, como un alivio, a la envidia insatisfecha de ciertos condottieres del dicterio, que después de haber deshonrado la servidumbre con sus bajezas, deshonran la proscripción con su cinismo;

¡caracoles náufragos de los mares del servilismo, que ensucian con el limo de su presencia, la roca áspera y sagrada del Destierro, en la cual algunas águilas vencidas posan el vuelo, cuyas garras aspiran ellos a mancillar con su baba licenciosa!

es una alba, para estos merodeadores del renombre, la aparición de este libro;

enfrentándose con él creen enfrentarse conmigo, esos colilleros de la celebridad;

vano empeño;

su prosa mendicante y claudicante, hecha de harapos y de lodo, está condenada de antemano, a sufrir la derrota de mi desprecio;

eso, lo saben ellos;

y, seguros de esa inmunidad, ofrecen su venalidad sin peligros, al Gobierno Asesino, que no tiene tiempo de escoger los genízaros de su guardia;

y, el Gobierno del Ecuador, pagará el fiemo de esos zorros pávidos, para abonar con él la gloria de Leónidas Plaza, como ensució con él, los laureles que crecen en la tumba de Eloy Alfaro;

inútil oro;

inútil fiemo;

nada podrán los viles centuriones de la Tiranía contra la gloria tan pura que se alza de las páginas de este libro;

los fragmentos de la lanza de Longinos, rotos contra el corazón del Mártir, no podrán nada contra su memoria, que

se alza del fondo de la tumba, como la llama de la entrañas de un volcán: colérica hacia el cielo.

Pero;

hay en el mundo algo más que esos pingüinos de alquiler, estipendiados para insultar la Gloria, con el pretexto de insultar el Genio;

aun hay almas heroicas, que aman las cosas del eroísmo;

aun hay almas enamoradas de la Gloria, que aman los hombres y las acciones gloriosas;

a ellas ofrezco este libro;

sonoro, como un cielo de borrasca;

como un grito agudo en alciones;

sobre el Mar...



No todos los pámpanos del Heroísmo, se han secado;

aun hay vides próvidas;

y, almas sedientas de su jugo, que se embriagan en ellas;

no todas las galeras del Honor, han naufragado en ciertas latitudes;

aun van algunas, sobre los mares solitarios de la Justicia;

lanzando gritos desesperados;

prontas a anclar en las costas de la Verdad;

sobre un estuario de luz...

mi libro, es una de ellas...

VARGAS VILA.

LA MUERTE DEL CONDOR

I

Era en Mil Ochocientos Noventa y Cuatro;

yo acababa de fundar mi Revista literaria y política Hispano América, en New York.

era una bella época de mi vida, porque era aquella en que el Sol del Entusiasmo, la iluminaba con todo su esplendor;

época heroica, porque aun era una época de Fe para mi corazón;

de Fe en los hombres;

de Fe en los pueblos;

de Fe en los destinos de aquellas democracias semibárbaras, que no han logrado salir del Imperio de la Selva, sino para caer vergonzosamente en el Imperio de la Servidumbre;

todo el candor de mi Vida estaba en flor;

me esforzaba por canalizar mi entusiasmo, que desbordaba sobre riberas planas, florecidas de quimeras;

turbado ante el espectáculo del Mundo Americano, sujeto al horror de los más bajos despotismos, yo lo consideraba entonces, indigno de sus cadenas, y aspiraba a hacer de mi Verbo, una llama que fundiera esas cadenas, un soplo que diera alas a las almas, para alzarse hacia los cielos libres, rompiendo con su esfuerzo el techo tenebroso de su Ergástulo;

la amargura exulante que inspiraba mis apóstrofes de entonces, no se ha calmado aún, pero, mis ilusiones sobre las virtudes cívicas, y el alma guerrera de esos pueblos, han muerto, dejando lugar a una melancolía heroica de gladiador vencido, que antes de morir, vuelve sus ojos a la imagen de la Deidad muda e inmóvil, a cuyo culto consagró su

vida, y por cuya causa muere, entre dolores que no sabrán los hombres;

la crueldad espléndida del Destino, quitándome todas las ilusiones, ha dejado en pie, mis dos grandes pasiones: el amor desbordante a la Justicia, y el valor sin trepidaciones para defenderla...

valor, que ayer sirvió para honrar mi vida, y que hoy sirve para consolarla;

sin ese valor, ¿cómo mis ojos contemplarían indiferentes, tantas ruinas acumuladas sobre el desierto de mi corazón?

alzarse más alto que su derrota, ¿no es una forma también de la Victoria?

¿no abéis visto la de Samotracia, que mutilada de la cabeza y los brazos, tiende aun sus alas enormes, como abiertas para un vuelo eterno?

ser superiores al Destino que nos rompe, más nobles que la mano que nos mata; ese es el último deber de nuestro Orgullo, la última avalancha contra la Fatalidad, esa palabra, obscura, inexorable, que guarda el secreto de la Vida, y la domina;

rota el ala frenética de mis sueños; domada la curvatura heroica de sus dorsos de leones; ¿por qué salgo de mi Soledad a nuevas batallas?

yo que no cortejo la Victoria, y no creo en ella;

¿por qué me empeño en combatir, yo que desdeño el Triunfo, yo que con mis manos inmovilizadas por el Desdén, no me digno tenderlas hacia el laurel futuro, y arrastro mi planta indiferente por sobre todos los laureles que se arrojaron a mi paso?

¿por qué vuelvo la espalda al crepúsculo gris de mi reposo, y salgo de él, y entro en la lid sonora?

¿por qué no junto mis manos fatigadas, y las pongo bajo mis mejillas inertes, sirviéndoles de almohada, y me tiendo en tierra, sobre el suelo desnudo, y cierro los ojos para siempre, durmiéndome en el sueño de la Muerte, arrancado al furor de las potencias inferiores de la Vida, que tanto me han martirizado?

porque aun queda la Justicia por defender;

porque aun queda un Gran Crimen por castigar;

porque aun hay una Verdad Heroica por decir;

porque aun hay asesinos inmunes que arrastrar hasta el Pretorio;

porque aun hay Césares inferiores, que empujar a las gemonías;

he ahí, por qué aparto mis ojos de las tristezas obsesionantes de la Vida;

y, entro de lleno en el Imperio tumultuoso de la Historia;

ella me llama.

II

El espectáculo de aquella América de entonces, aunque era menos vil, no era muy distinto del de esta América de hoy;

la Tiranía, ese Monstruo, que Apolonio de Tiana creía inverosímil, desembarcando en la Capital del Mundo para verlo, imperaba del uno al otro extremo del Continente, como un producto nacido de la putrefacción de nuestras selvas;

las tribus, afoeteadas o devoradas por él, llenaban con sus lamentos, el espantoso Abismo, crucificadas entre el Cielo y la Tierra, como entre dos infinitos sin Misericordia;

las alas pavorosas de los buitres, les hacían cortejo, mientras los cóndores vencidos, presenciaban desde las cimas desoladas, aquella devoración de entrañas;

y, las cimas chorreaban sangre;

se diría las lágrimas de las rocas, cuyo corazón era más tierno que el de la Tiranía, que devoraba aquellas turbas confusas, con aspecto de naciones;

la voz de los justos en oración, y la de los mártires en el patíbulo, sonaban bajo el cielo inclemente, sin desarmar el Hado enfurecido;

campos desnudos de Gloria;

cielos desnudos de Piedad;

praderas de Desolación;

y, tierras en Exterminio;

un festín de fieras bajo las estrellas coléricas, que les negaban su luz.

... ...
... ...
... ...

Ved qué desfile de tigres en la selva tenebrosa.

Porfirio Díaz, repleto de sangre y de oro, dominaba omni-

potente en México, acurrucado sobre el cadáver de ese pueblo que devoraba en un silencio inviolable, entre el Espanto y la Muerte, que eran las dos deidades de su Imperio;

nada turbaba el festín de la Puma Azteca, cuyo solo pestañeo, bastaba para hacer huir despavoridos, los cóndores de Tucumán, que habían visto el Reinado de Moctezuma, y suspiraban por él, como por un regreso hacia la Libertad y hacia la Civilización.

la suerte que me ha reservado la contemplación de los acontecimientos más bochornosos de mi tiempo, me reservaba, la de ver en Europa, años después, a esta bestia carnicera, que de su Poder no conserva sino las garras, entrar y salir a los Palacios de los Reyes, con sus manos tintas en sangre de uno de ellos, saludado por muchedumbres ignorantes, que no sabían el cortejo de crímenes que arrastraba en pos de sí, aquella momia destronada, que exhalaba ya el hedor insoportable de un cadáver insepulto.

bien, es cierto que cuando Porfirio Díaz, recibía esos honores, ya los habían recibido antes que él, Cipriano Castro y Rafael Reyes (1), especímenes ínfimos, de esa fauna de Oprobio;

¿qué residuo de Honor podía ya quedar en esos honores?

yo vi pasar el cortejo de esos tigres en destierro, y desde mi soledad, altiva y gloriosa, tuve el derecho de despreciarlos;

y, los desprecié...

se dijo, que yo insultaba su desgracia;

y, ¿no insulté su Poder?

sólo yo, tenía el derecho de hacerlo;

porque sólo yo había sido ante ellos, eso que ellos detestaron más: un Hombre Libre;

libre, de todas las formas de su conquista; de la del hierro, y de la del oro;

mis manos, podían lapidarlos, porque mis manos habían permanecido puras frente a ellos;

---

(1) *Alias* Coccobolo. *Este nombre fué con el que Vargas Vila, distinguió a Rafael Reyes, ex Déspota Colombiano, en su período presidencial.*

yo, no llevaba las huellas de sus cadenas, ni las de sus monedas;

¿qué manos más inmaculadas que las mías, para azotar en el destierro, las espaldas de esos dictadores, a quienes había azotado en el Poder?

yo, que no había callado ante su Omnipotencia Vencedora, ¿por qué iba a callar ante su Crimen Vencido?

ha sido la única victoria que me ha reservado el destino: ver caer, uno a uno, todos los tiranos que he herido con mi pluma;

ellos eran mi presa;

¿cuál de ellos, no me debe una parte de su caída?

uno a uno, han desfilado ante la roca de mi destierro, todos esos tiranos fugitivos;

pasó **Andueza Palacio**, el cerdo trágico, y fué a hozar en el Exilio, como había hozado en el Poder, los detritus asquerosos de la crápula;

él, que me había proscripto, y había hecho aplaudir mi proscripción por un serallo de eunucos, proscripto fué a su turno, y fué a deshonrar con su destierro, las mismas playas que yo honraba con el mío;

murió **Rafael Núñez**, cuyos sicarios pusieron a precio mi cabeza adolescente, en 1885;

murió trágicamente;

silenciosamente;

murió víctima de las mismas manos que lo habían encadenado;

cayó herido por los sacerdotes, cuyos ídolos había colocado en el altar;

cayó **Guzmán Blanco**, que me había hecho internar, y había roto en mis manos las hojas de mi periódico, **La Federación**, para hacer placer a la tiranía gemela, que se alzaba más allá del Táchira, envolviendo los dos pueblos en el sudario del mismo Silencio, del cual parecen destinados a no salir jamás;

¿fué que esos dos dépotas se llevaron con ellos a la tumba, la lengua de esos dos pueblos?

yo vi después, a Guzmán Blanco, aquí en Pars, arrastrándose valetudinario hacia la Muerte, sin otro cortejo que su

vanidad vencida, y la montaña de sus millones, que hacía un halo ocre, sobre su palacio de César decrépito y exule;

pasó Coccobolo, destronado por su propio miedo, fugitivo de su Crimen, añadiendo a todos sus delitos el de la Cobardía, que parece ser una virtud militar en Colombia, desde que entre los genízaros de la Regeneración, no hubo uno solo, que desnudara su espada, para defender su patria desgarrada por el **yankee**;

las manos de esos pretorianos, si empuñaron algún oro, no fué más cierto: **el del puño de la espada**;

sí;

pasó Coccobolo, el jefe de esos pretorianos sin valor, y yo lo veo aquí, a poca distancia de esta mansión de mi dolor, que pronto será sagrada por treinta años de destierro, tanto más glorioso, cuanto más voluntario quieran hacerlo aparecer las Dictaduras, que no han fingido abrirme sus brazos, sino para estrangularme en ellos, deseosas de apagar el grito formidable;

pasó ese tirano, que no pudiendo proscribirme a mí, proscribió mis libros y mis periódicos, y quiso proscribir hasta mi nombre, encarcelando a aquél que osaba escribirlo, resuelto, según dijo él, a no dejar **vargasvilear** a nadie, en los vastos límites de su Imperio;

pasó;

y, yace aquí, cerca de mi tristeza de proscripto, que no pudo vencer; yace ahito de millones, cerca a mi pobreza honrada de Escritor, que no pudo comprar;

yo lo he visto de lejos, rastacuero avaro, atáxico incurable, herido de megalomanía senil, cultivar la venalidad de poetas en ruinas, y de gacetilleros parisienses, repugnantes de depravación, mendigando un aplauso de aquellas plumas, de las cuales, un hombre honrado no pagaría sino el insulto;

yo vi una noche, en un gran Restaurant, a ese tigre paralítico, sentar a su mesa, para cortejarlos en la esperanza de ser cortejado por ellos, a un poeta trashumante, y a un cronista pecuario de diarios clericales, cuyos elogios quería comprar;

vi aquel esqueleto de fiera, ya herido por la muerte, y me pareció que la gardenia que tenía en el ojal del **smoking** se hacía lentamente roja, de un rojo vivaz, rojo de sangre;

¿era la sangre de los indios del Putumayo asesinados por su mano, en el riñón de la selva?

¿era la sangre de los vencidos de Encizo, degollados por su orden?

¿se había convertido la gardenia, en un pedazo de la lengua de Prestán, ahorcado en Colón, por un pacto de su ferocidad inepta y cobarde?

¿era sangre de los asesinados en Barrocolorado por un decreto de su miedo, decrépito y cerval?

en el tropel de asesinatos que forman la vida de aquel hombre, ¿quién podrá saber nunca, de dónde viene la sangre que empurpura sus manos y su frente?

apartemos los ojos con horror, de aquel Emperador del Caquetá;

pasó Cipriano Castro, ridículo y pestilente, paseando con insolencia su úlcera tiberiana, y sus gestos de antropoide;

su fealdad cínica, ahogó la piedad, que su nefermedad asquerosa debía inspirar;

el Imperio de la Carcajada, fué su Imperio en Europa;

y, reinó en él como soberano;

el Café Concierto, lo devoró:

desapareció, tragado por el abismo de la risa;

con las últimas criaturas, se borraron sus últimas huellas;

y, hoy, nadie sabe si Cipriano existe;

¿vive aún?

en política, de todo, hasta de la infamia, puede resucitarse;

del Ridículo, no se resucita jamás;

la Muerte misma, tiene miedo de acercarse a ese abismo donde no se oye sino reír...

¿qué se ha hecho aquel Philoctete, desterrado con su lepra, sobre la Isla del Ridículo?

¿qué se ha hecho?...

III

De esos tiranos que he nombrado, unos reinaban, los otros iban a reinar, sobre la escena que describo;

sus antecesores imperaban;

¿he de nombrarlos, ahora que no son ya, sino ruinas de ruinas, acumuladas sobre el polvo de la tierra?

¿evocaré su pequeñez, del fondo del Abismo de la Eternidad, en que han caído?

muertos inánimes, devorados por los gusanos, ¿qué queda de su misérrima grandeza de una hora?... ¿qué de la lluvia de crímenes con que asombraron un día los pueblos y la Historia?

la selva estupefacta, no repite ya, el nombre de esos dominadores de un momento, nacidos del corazón de su barbarie;

¿las alas del Aquilón, bajado de las montañas de la Historia, han de aventar estas cenizas que una lluvia de sangre hace pesadas, bituminosas, en la doble podredumbre de su nombre y de su crimen?

¿he de evocar para juzgarlos, ante el Tribunal de la Posteridad, esos huesos dispersos, que los pájaros de presa y las bestias de los bosques, no se habrían dignado devorar?

¿he de nombrar esos fantasmas de hombres, que reinaban sobre esos fantasmas de pueblos, en aquella hora de desolación?

la sensación del disgusto, más que el calofrío del espanto, me viene a evocarlos;

fueron tan ignominiosamente pequeños, que uno se pregunta, cómo pudieron hacer tamaño ultraje a la Libertad, con sus antenas de insectos;

un coleóptero lírico, venenoso y cruel, voloteando en torno a los cirios del Sagrario, reinaba sobre Colombia.

Rafael Núñez, desde el lecho de su querida, sembraba la

muerte y la desolación, por manos de sus tenientes, tahures o académicos, ebrios de vino y de latín.

Carlos Holguín, no dejaba de firmar decretos contra la Libertad, sino para hacer correr el oro del Erario Nacional, sobre el tapete verde, mientras Miguel Antonio Caro, no dejaba de firmar Sentencias de Muerte, sino para comentar a Virgilio, bajo las vides opimas de Horacio;

el fundador de ese bandidaje clásico, que había de terminar por la venta de la Patria, en manos de José Manuel Marroquín, el lexígrafo gozoso y venal, se extinguía melancólicamente en el "Cabrero", nombre simbólico que obligaba a mirar con malicia, a su frente de poeta, en la cual lucía, entre otras cosas, un diminuto ramo de laurel;

otro poeta inferior, un Cordero, con corazón de lobo, no balaba, sino aullaba baladas a la Virgen, al pie del Pichincha, haciendo himnos a la bandera ecuatoriana, esperando la hora de venderla, izándola sobre los buques del Mikado;

ese Cordero, enamorado del Sol Levante, y, José Plácido Caamaño, plácido y mañoso, roían a la sombre del volcán, el esqueleto del pueblo, que García Moreno y Veintemilla, habían dejado en herencia a su ineptitud cobarde y voraz.

Domingo Vázquez, dominaba con su talla de jaguar las selvas hondureñas;

los Ezetas, esos hermanos siameses, del Exterminio y de la Muerte, ofrecían al mundo, desde los campos feraces del Salvador, el espectáculo de su infame Osadía, coronada por el Exito.

Ulises Heureaux, heredero directo del Arzobispo Meriño, aquella pantera mitrada, cuya capa pluvial bañada en sangre, hacía de él un sinistro Purpurado del Patíbulo (1), en cuyas manos la hostia al elevarse, se hacía roja... roja, como un corazón despedazado, sembraba la desolación en Santo Domingo, obscureciendo la belleza de esos campos antillanos, con la doble noche, de su rostro y de su espada, proyectada sobre ellos;

---

(1) *Nuestra América culpable, olvida tan pronto, que habrá necesidad de recordarle que el Arzobispo Meriño, siendo Presidente de Santo Domingo, fusiló en un solo día cuarenta estudiantes inocentes, acusados del* crimen *de conspirar contra él.*

Así vivía la América, bajo esas tiranías mozambiques, antes de empezar a morir, bajo otras tiranías, más bajas, y más obscuras todavía...

ante la tiniebla que la siguió, aquella Noche semeja una claridad; tanto así, se hicieron luego siniestros, los cielos tormentosos de nuestra Historia;

sobre muchos de esos pueblos, parecía aletear ya, como una mariposa de devastación, la máxima de Vico: **"Un pueblo que no sabe detener a tiempo su corrupción, se hace al fin esclavo de una nación que lo somete, porque es ley natural, que el que no puede gobernarse tiene que obedecer, y a los mejores el IMPERIO DEL MUNDO".**

y, los mejores para el viejo Historiador italiano, quería decir, sin duda, los **más fuertes**;

si ese aforismo, tuvo o no, el sentido real de una Profecía para cietros pueblos de la América, díganlo, Colombia, mutilada y ultrajada, Santo Domingo, Nicaragua, Panamá, y Honduras, colocadas virtualmente, bajo el protectorado yankee, y Cuba, prisionera de las garras sin gloria de las águilas, después de haberse visto libre, un momento, de las garras gloriosas de los leones...; ¡estrella viuda, en cuyo pálido candor, se refugió el alma de Martí! estrella de Dolor, a la que perdida en los cielos vírgenes del trópico, no le fué dado hallar el camino de su Independencia, por más que haya brillado en ocasiones, con un mentido fulgor de Libertad!

sobre ese caos de pueblos en ignominia, y de bajezas en fermento, el Destino, trazó un día su lúgubre sentencia, y se cumplió...

escandalosos fantasmas de pueblos, devorados por la Servidumbre, desaparecieron un día del horizonte, tragados por la Conquista;

la Tiranía, fué la nueva hija de Tarpeya, que abrió las puertas a los conquistadores que venían cargados de oro...

los gansos del Capitolio enmudecieron;

no degollados por el Conquistador, sino lleno el pico y la garganta, de la pitanza munificente, con que los nuevos amos compraron su Silencio;

esos pueblos, desaparecieron del rol de las naciones soberanas, sin esfuerzo, sin lucha, casi sin dolor, sin ensayar si-

quiera disculparse ante el Destino, mostrándoles sus manos, ennoblecidas por la sangre de sus enmigos, degollados en un campo de batalla;

por esos sus dominadores, no se dignaron atarlos;

¿para qué atar unas manos que no supieron herir y que no ensayaron siquiera defenderse?

eso habría sido deshonrar las ligaduras;

los vencidos heroicos, se atan, o se degüellan;

las mujeres cautivas, se venden, o se coronan de oro, en las molicies del Harem;

eso hicieron los yankees, con sus tribus sometidas;

tribus vendidas por sus amos, desaparecieron en silencio, como si aquellos que llegaron a sus fronteras, no hubiesen comprado sino un pueblo de cadáveres;

no sufrieron la Conquista; se ofrecieron a ella;

se dieron a ella, con una voluptuosidad malsana, que les venía de lo más hondo de sus entrañas corrompidas;

la Esclavitud, les había, de tal manera encallecido el cuello, que no advirtieron a qué hora habían cambiado de yugo;

sus rodillas anquilosadas no cambiaron de actitud, y sólo en sus lenguas, sintieron la tristeza de no poder balbucear el rudo idioma de aquellos que los conquistaban;

pronto en algunos de ellos, el Servilismo tomó la revancha, y no tardaron en escandalizar su nueva lengua, deshonrándola con la bajeza de sus adulaciones;

¡si al menos hubiesen olvidado, aquella en que un día hablaron como pueblos libres!

pero no;

la recuerdan muy bien;

y, la reservan, para insultar en ella, la Libertad que vendieron, la Raza que traicionaron, y a los últimos paladines que aun quedan de pie, sobre la muralla que ellos entregaron, flechando con desesperación, el caballo de Troya, que ellos introdujeron al recinto, con el vientre repleto de millones.

... ...

... ...

Por aquel entonces, aún se combatía, aún se soñaba, aún había fuerza en ciertos corazones, que eran como remos milagrosos, para aquellos pueblos en naufragio;

los últimos caballeros errantes de la Libertad, vagaban en las soledades del destierro, florecida la boca de parábolas, y en las manos el lis de la Esperanza, pronto a convertirse en una espada;

¡Cómo el cándido lirio se hizo rojo, lentamente, en las manos inspiradas!

fué entonces, que apareció ante mis ojos, como surgido del fondo de una avenida de Gloria, un Guerrero-Libertador, que parecía escapado de una estrofa de Homero, envuelto en la misma nube que haca halo sobre la frente de Aquiles, en los combates de la Ilíada;

guerrero, cuya espada fué una lira, tendida como un ala de Misericordia, sobre los pueblos oprimidos;

libertador solitario; tras de cuyas espaldas, hacían fracaso de montañas derruídas, el tropel de sus victorias, y el clamor angustiado de las muchedumbres en desastre;

amplio, como un horizonte de mares en cólera, un anfiteatro de luchas lo circuía;

¿quién era ese guerrero, que la salvaje discordia, había vomitado sobre suelos extraños, y que el pálido luminar de la derrota, alumbraba entonces, desde la alta cúpula de un cielo sin fulgores, bajo el cual, las abejas de la gloria, voloteaban silenciosas y entristecidas?

¿quién era ese Peregrino del Dolor, que entre esas dos pavorosas realidades, el Silencio, y la Soledad, como entre dos pilares de la Eternidad, aparecía ante mí, cerca de mis sueños heroicos, en aquella época de mi vida, llena de la más inquietante pasión de Libertad, y de la más ávida sed de Justicia?

era:

Eloy Alfaro.

IV

Cuando esos pueblos, cercanos al trópico, sacudiendo sus cadenas, vuelvan a tener conciencia de sí mismos —si alguna vez vuelven a ello— mirarán la sombra augusta de ese Grande Hombre desaparecido, como el más alto Símbolo de Libertad, surgido bajo sus cielos, después de que los Héroes de la Independencia, se durmieron en sus tumbas;

porque Eloy Alfaro, fué eso: el **Hombre Símbolo**;

el más alto y más genuino representante, del tipo heroico, más reflexivo, más puro, y más completo, que aquel que soñó el cerebro atormentado de Carlyle.

Alfaro, fué el Guerrero-Apóstol; la encarnación del Héroe Idealista, en su más prodigiosa y noble realización;

sólo tres Hombres Significativos, tres encarnaciones de pueblos, han surgido en América, después de Bolívar.

Benito Juárez.

José Martí.

y, Eloy Alfaro;

y, a Alfaro, le tocó ser el último Libertador, en un mundo que ha apostatado tan cobardemente de la Libertad;

la divina Epopeya de este Guerrero Lírico, cierra violentamente, trágicamente, el ciclo de vidas y de las acciones gloriosas, en un hemisferio que renunció brutalmente a la Gloria, y en cuyos ámbitos, parece haberse agotado para siempre, la brillante sinfonía de los clarines, que dominó con el eco de su voz, el Genio portentoso de Bolívar;

Eloy Alfaro, fué una águila que tuvo el corazón de una paloma; por eso sus alas se quemaron en la hoguera;

y, de esa hoguera, no ha nacido el cisne, aquel cisne profetizado por Juan Huss, y que se forma de las cenizas sagradas de los Mártires del Ideal;

buitres asquerosos, han picoteado en aquellas cenizas in-

mortales, buitres ahitos de sangre, y arrodillados ante el oro, que ha sido su única eucaristía;

prisioneros de su bajeza, ellos, han vendido los lises de fuego, que las garras del águila soltaron;

ciego, sin esa antorcha, ¿a dónde marchará ese Pueblo?

los antros sibilinos del porvenir, guardan la Palabra Irrevocable;

aquella Palabra, que dominará el aullido de las bestias salvajes, que devoraron al león crucificado y que husmean aún su sangre, sobre los campos desnudos, estremecidos de horror.

V

Alfaro, era el Cíclope austero;

bastaba ver su figura de Idolo Oriental, para creerlo tallado en una roca, por un escultor primitivo, lleno del sueño heroico de una tribu de guerreros indomables; se diría una estrofa de piedra, arrancada al corazón de una montaña;

físicamente, pertenecía a la Iconografía Heroica, de la zona vecina a la Leyenda;

viejo modelo de un Dios egipcio, sorprendido en su hipogeo, evocaba la Pagoda, y la penumbra formidable y divina, que hace sobre ciertas frentes, el ala de los siglos, inmóvil como un nimbo de perpetua adoración;

piel rugosa, curtida por el Sol, como si fuese un pergamino heroico, sobre el cual, el Genio de la Guerra, hubiese trazado un plano de batallas por la Libertad;

frente obstinada, llena de designios, con la obsesión pertinaz de un sueño irrealizado;

luminosidad lunar en la cabellera blanca, erizada, como la melena de un león en furia;

lacios el bigote cándido, y la perilla inmaculada, contorneando la boca enérgica, de labios imperiosos, huérfanos de sonrisas;

ojos de halcón; audaces y voraces, cambiantes, como el oleaje de una mar en equinoccio;

pequeño el cuerpo, erecto y vigoroso, de talla napoleónica, con algo de felino en los movimientos, y mucho de marcial en la apostura;

hombros altos, de raza militar, alzados como en un gesto de desdén, ante todas las cosas de la Vida;

el pecho fuerte, combado hacia adelante, cual si buscase y desafiase las lanzas y las balas del contrario, sabiendo que era hecho para nido de ellas;

silencioso, doloroso, pensativo. como hundido en largos sueños, muy altos, muy graves, muy remotos, tal apareció ante mis ojos el Héroe-Proscripto, último sobreviviente de un Olimpo muerto, del cual, sólo él vagaba por el mundo, diseñando en el horizonte melancólico del Destierro, su silueta heroica, hecha para ser esculpida en el frontón de un Siglo, por la mano del Tiempo Reparador, lejos de los ultrajes del Olvido.

Lázaro de granito, destinado a ser arrancado, por el grito formidable de la gloria, al reino silencioso de la Muerte;

ese Hombre, significaba, por aquel entonces, treinta años de Vida Heroica, y de Dolor Sagrado;

treinta años de lucha, sin tregua y sin cuartel, contra las tiranías clericales de su patria, que formaban ante la Historia, una sola dinastía de hienas;

frente a esos monstruos, que la putrefacción de la selva producía, o el volcán cercano a Quito vomitaba, Alfaro se había alzado, como la encarnación heroica y tenaz del Pueblo esclavizado;

durante treinta años, el había sido el alma indomable de la Libertad, contra la Tiranía;

él había sido la humanización tangible, de esa palabra misteriosa y sin límites: la Revolución;

la Vida de Alfaro, fué eso, y nada más que eso, la condensación de un Sueño Heroico;

el Amor de la Libertad, fué su Numen; inspirado por él, fanatizado por él, absorbido por él, desapareció en su seno radioso, poblado de peligros;

ese Amor, fué su Vida;

y, ese Amor, fué su Muerte;

joven, le dedicó su juventud, desertando de las aulas al sonido del clarín;

rico, le ofrendó sus riquezas, sacrificándole la cuantiosa fortuna, que fué su patrimonio;

amado, le sacrificó su amor, cambiando las ternuras del hogar, por las rudas asperidades del combate;

dejando el lecho nupcial, para partir a las batallas, ya no tuvo más hogar que el campamento, ni más patria que el destierro;

vencido hoy, vencedor mañana, cayendo del ostracismo en

el Poder, del Poder en la Prisión. de la Prisión en el Exilio, sus brazos de Vencedor, no supieron abrazarse sino a la Misericordia, y sus brazos de vencido, a la Justicia Inmanente;

la Ideología Heroica, estaba plasmada toda, en este Sigfrido tropical, nimbado por la bruma luminosa de un extraño ensueño, atravesando una tempestad de tinieblas en ascensión perenne hacia la cima prometeica, donde dormía el rayo de la Libertad, que era toda la codicia de sus manos;

bajaba en su ensueño, a las batallas, tal un dios descendido de un cielo incandescente; y lo seguía, un canto de Victoria, como un largo estremecimiento de olas de mar...

un día, sus triunfos, como las aguas de un diluvio, subieron de cima a cima, hasta sumergir la Tiranía, ¡ay! sin ahogarla;

triunviro poderoso, obró por momentos el Milagro de la Resurrección de un Pueblo, sobre las cenizas de una tribu, que el hábito de la esclavitud, había condenado a la triste esterilidad de no tener una alma;

una nueva Patria, pareció surgir de la punta de su espada, como una rosa de luz, cual si con aquélla hubiese atravesado el corazón del Sol;

¡triunfo efímero y fugaz, que duró lo que un vuelo de libélulas, sobre un campo de rosas en Otoño!

la Traición. el espectro de Judas, que hirió tantas veces el corazón de este Cristo guerrero, se alzó entonces, para devorar esos triunfos; y volvió a colgar el Pueblo esclavo, de los brazos de su cruz, como del maderamen de una horca; y, el viento de todos los infortunios azotó de nuevo aquel cadáver de Pueblo, que temblaba como un guiñapo lívido, bajo la enorme ceguera de la Noche, que subía de todas partes del horizonte, hacia el gran cielo culpable;

el Héroe, vencido y traicionado, escapó a la Muerte, y se refugió de nuevo en el destierro;

entrando en esa zona gris, no hizo sino cambiar de campo de batalla, porque aquel hombre, se agigantaba en el Dolor, y el Infortunio era su mejor campo de acción.

VI

Alfaro, peregrinaba en el vigésimo canto de esa Odisea sagrada, cuando llegó a New York, y me fué dado contemplar a aquel Ulises de la Democracia, que cerca a las auroras boreales, buscaba los techos de su Itaca, oculta tras los bosques de los trópicos lejanos;

bocas odiosas y crispadas, se abrían en todas partes para insultarlo;

lacayos ignominiosos de la demagogia clerical, fatigaban contra él la declamación ulcerosa de sus diatribas;

camarillas embrutecidas y embrutecedoras, se organizaban para perseguir con sus dicterios a aquel Héroe, seguido de las Ménades, al cual, las cimas parsifálicas le eran habituales, y estaba siempre dispuesto a escalarlas, con el cortejo de sus prodigios milagrosos.

Hispano América, mi periódico, fué el hogar intelectual de aquella gloria perseguida, y el defensor desinteresado de aquel vencido, digno del **Walhalla**;

el silbido de las víperas, no detenía la marcha del león, pero, el tábano de la calumnia, lo impacientaba, y por eso, agradeció la mano amiga, que castigaba el insecto zumbador;

y, le tendió la suya, desprovista de todo recurso, y huérfana entonces, de la empuñadura de su espada;

y, así fuimos amigos;

así, nació una de las amistades más intensas, más grandes, y más tenaces de mi vida;

un mismo ensueño, unía nuestras almas, envueltas en el torbellino de la misma nube;

un mismo ideal nos guiaba a través de ese desierto de miserias, de esa playa árida, de la cual los guijarros, suelen ser menos duros, que el corazón de los perseguidores;

la misma columna de fuego iluminaba nuestro horizonte,

temblando más allá del Mar Rojo de la Guerra, que había cerrado violentamente sus ondas, detrás de nosotros, sepultando todas nuestras esperanzas;

uno mismo, era nuestro cándido empeño: la libertad de esos pueblos, que amos voraces devoraban, con una monotonía epicúrea, ahogando en su corazón, todo germen de Revuelta;

su espada y mi pluma, eran como los dos brazos del mismo Hércules, tendidos hacia la misma Hidra, queriendo estrangularla;

¿que nuestro ensueño era cándido como la desnudez de un niño?

¿inerme, como las alas de un pájaro abiertas sobre la tempestad?

¿gesto estéril?

verdad es;

gran verdad;

útil verdad;

verdad, necesaria de decir ante los soñadores de hoy, en esta hora de un Poniente sin púrpuras, en que el sol de mi Esperanza, asesinado por la Realidad, rueda en las tinieblas, en un abismo insondable, donde murió para siempre el enjambre luminoso de las auroras;

pero ¿es que el fracaso, quita algo a la generosidad enorme de ese gesto?

eso, no lo decidirán los hombres de hoy, los esclavos del Exito, tenazmente enamorados del hierro de las cadenas, y del oro concupiscente de la Conquista;

eso, lo decidirán los hombres del mañana, los admiradores del Esfuerzo Heroico, si es que los últimos soñadores de la Libertad, los últimos legionarios del Idealismo Político, no desaparecen de sobre la faz de la Tierra, cerrando con nosotros los ojos, sobre un mismo campo de derrotas;

¿con Alfaro, habrá muerto el último Visionario de la espada, armado en defensa de la Libertad?

¿habrá fenecido con él, el último soldado del Romanticismo, cuyo ensueño inconmensurable, franqueó todas las soledades y se alzó más alto que todas las cimas erectas bajo los cielos sin límites?

VII

Nada más bello y más reconfortante, que oír las narraciones épicas, de aquel Aeda en exilio, llenas de belleza y de fuerza, en el candor de una simplicidad homérica;

un vivo, un doloroso calor de entusiasmo no turbado, envolvía las palabras del Héroe, cuando contaba sus luchas, sus derrotas, sus destierros, sus largos días de hambre, de enfermedad, y de abandono;

no se enorgullecía, de las victorias que había alcanzado, ni se halagaba de aquellas que pensaba alcanzar, como si sobre el oleaje tormentoso de las unas y de las otras, hubiese visto flotar el cáliz amargo, que había de ofrecerse a su senectud indómita, hecha a dominar las tormentas del caos;

era, habitualmente triste, como Sucre, como Martí, como Crespo, como todos los grandes predestinados al Martirio, que parecen llevar en sus pupilas estupefactas, la visión confusa de su Gólgota lejano;

su cruz futura, hace sombra melancólica, sobre sus frentes gloriosas;

esa sombra, extendía sobre Alfaro, su tristeza, aun en aquellas horas, en que la Esperanza tendía sus alas de cisne, sobre el lago de sus sueños, como sobre una líquida esmeralda;

¿preveía vagamente confusamente, con la clara intuición de los grandes inmortales, la lejana hora sombría, en que una turba hecha crimen, había de alzarse ante su Gloria, hecha dolor, para arrastrarla y escupirla, en un delirio de cafres?

¡la hora en que su sangre heroica, caería sobre un estercolero de almas, incapaz de fecundar una sola Virtud, y de hacer nacer un solo germen de Honor, en esa amalgama de

estiércol y de lodo, que había de servir de pedestal a los Césares futuros!

¡la hora, en que él, había de ascender de un solo vuelo a la Inmortalidad, mientras los otros, bajarían de rodillas las agrias cuestas del Crimen, cargados como Caín con el peso de su asesinato!

¡la hora, en la cual, el rayo no bajaría hasta él, sino que él subiría hasta el rayo, como el encuentro de dos titanes en el seno de una misma nube!

¡la hora, en que como Héctor, moribundo, antes de ser arrastrado ante los muros de Ilión, había de volver sus ojos al templo pronto a convertirse en ruinas..., al Templo de la Libertad, ya entregado por los traidores!

¡la Libertad, por la cual moría!...

¡la Libertad, su único Ideal sobre la Tierra!...

¡su único Dios, tras de los ámbitos del cielo!...

yo, no he visto un soñador más pertinaz, que aquel anciano proscripto, que parecía no darse cuenta de que andaba por sobre las cenizas de los muertos;

iba, como cegado por la luz de una aurora, que no desaparecía jamás de su horizonte, que no se extinguía nunca en los cielos pródigos de su visión;

el espacio mismo, parecía iluminarse, con el ensueño de sus ojos, sondeadores en la profundidad misteriosa del Tiempo;

las cosas y los acontecimientos, hacían la ilusión de ceder, dóciles al imperio de aquella mano que se extendía atrevida, como para desgarrar las tinieblas sin fondo de la Noche Secular en que se envolvía su Patria;

su voz, tenía entonces, un ritmo obsesionante, estremecido de dulzuras interiores, como sonando en limbos remotos, muy lejos de la vida real;

voz de Poeta y de Profeta; voz de un amor solitario y tenaz, hecho para desafiar el vértigo del tiempo, y la marcha acelerada de los siglos que huyen...

esa voz evocadora, se hacía marcial, como el sonido de una trompeta macabea, si evocaba la visión de sus combates, y las sombras augustas de sus compañeros caídos en el desastre;

la roja escenografía de los campos de batalla, adquiría

toda su pavorosa vitalidad, al conjuro de aquel narrador épico, cuyo lirismo intuitivo, y emocional, pasaba como una caricia sobre las cabezas de los muertos, y cuyos apóstrofes, contra los vencedores del derecho, sonaban como un tropel de olas enfurecidas, cabalgando en los lomos de la Noche;

callaba... como vencido por su esfuerzo, asombrado de verse sobrevivir a tanta gloria, temblando ante el derrumbamiento de tantos sueños heroicos;

y, se envolvía después, en un mutismo impenetrable y prolongado, que se habría creído altanero, si no se hubiese sabido, lleno de la íntima vibración de pensamientos y de esperanzas aladas, que volaban hacia cielos muy remotos;

ese Héroe, no sabía salir de las tragedias del Silencio, sino para entrar resueltamente en las tragedias de la Acción;

y, hacia ellas, iba;

perambulaba, entonces, por los países de la América, nuevo Atlante, llevando el peso de una revolución sobre los hombros;

entre sus suaves esperanzas heridas, él se gozaba en acariciar con mano férvida, el cuello de la última águila, escapada de aquel nidal de ensueños, que fué el cerebro de Bolívar: **la Creación de la Gran Colombia;**

¡pálida alusión espectral, que él se gozaba en engrandecer, marchando hacia incógnitos destinos, empeñado en mirar hacia el Misterio, a través de la hendidura de la Noche Cimmeriana, rota en dos por la espada fulmínea de su visión tenaz!

bajo el influjo de sus sueños visionarios, sus ojos, vorazmente vueltos al Porvenir, parecían no recordarse del Pasado;

en una amnesia divina, olvidaba sus derrotas;

y, las costas de la Victoria, parecían surgir ante él, magníficas y reales, en el vibrante espejismo de una selva de laureles;

solitario en las avenidas sombrías y silenciosas de su destierro, el viejo guerrero, sentía el beso de oro de los mirajes, acariciar su frente vencida;

y, tendía su mano crispada, hacia las palmas del Triunfo, que un viento de tempestad sacudía en el lejano infinito;

argonauta, partido sobre el navío de la Quimera, ¿dónde

hallaría el Toisón de Oro de su Ideal?... clavado en el corazón mismo de la Muerte;

y, de allí lo arrancaría.

... ...
... ...
... ...

Así vencido, así miserable, así huérfano de toda prosperidad, pasó ante mis ojos, aquel guerrero extraño, el más puro, el más noble, y el más trascendental, de cuantos hombres de guerra, han llenado en América los últimos lustros del siglo XIX, y la primera década de este siglo, con el ruido de sus hazañas y de su nombre;

así, como un fantasma glorioso agobiado de infortunios;

sobre la playa árida, sin horizontes y sin encantos, se estrecharon nuestras manos, desnudas de toda dádiva, llenas de la más noble sinceridad;

yo no pude dar a su gloria, sino el patrocinio de mi pluma, que ya entraba en la celebridad, esta celebridad que al hacerse después desmesurada, rebasando las fronteras de mi orgullo, habría de obligarme, a entrar violentamente en la Soledad;

esta estéril celebridad, de la cual huyo cada día, y de la cual siento crecer a cada instante el miserable hastío;

ese hastío, que en la tarde de mi Vida, me ha hecho volver las espaldas al Suceso, y no dar la cara sino al Crimen Victorioso;

para abofetearlo;

como ahora lo hago;

VIII

Un día, aquel Hombre Símbolo, desapareció de ante mi vista, se borró en el horizonte confuso, cargado con sus grandes deseos, y con sus esperanzas tormentosas;

entristecido lo vi partir, y se desvaneció ante mi, aquella visión de gloria errante, que un momento había tomado ante mis ojos, la consistencia de un Hombre;

mis ojos, que ya podrían cerrarse tranquilos, porque la contemplación de un verdadero Grande Hombre, no les había sido negada sobre las soledades de la Tierra;

yo, no sentí el calofrío de Job, en su noche, al paso del fantasma, ni sentí como René, el espanto, que la sombra del Conquistador proyectó sobre su alma, cuando se detuvo un momento ante él, y la voz del Sembrador de la Muerte, sonó en sus oídos, acariciando el sueño enorme de su orgullo;

el Hombre, que había pasado ante mí, no era el soldado brutal, cazador de hombres y de pueblos, jinete en el corcel del Exterminio, seguido por los galgos aulladores del Espanto;

no;

lo que mis ojos habían visto, era la figura de ese raro producto social, que pocas veces pasa por los cielos de la Historia para iluminarlos con su fulgor inacabable: un Libertador;

un puro y auténtico Libertador;

¿un Soñador?

sea;

porque nada más lejos del tipo vulgar de los héroes de nuestra selva, que este glorioso iluminado, antítesis viva de nuestros dominadores de aventura, de nuestros pomposos, **Salvadores, Regeneradores, Restauradores,** toda la fauna bélica; todos destructores, todos devoradores, todos inquisidores de pueblos, tan miserablemente abyectos, tan obscura-

mente infames, que deshonran con su bajeza, todo, hasta las palabras del escarnio, que pudieran coronarlos.

Alfaro, perteneció, a la dinastía de los Probos, a esa extraña y exigua dinastía, de la cual no se alcanzaría a formar una Pentarquía;

fué el primero, y el último de los Antoninos, en una Roma, que no mereció el holocausto de su Virtud;

¿quién, fuera de Juárez y de Martí, resistiría con él el paralelo?

la raza de los brutalistas, llena toda nuestra Historia, dónde colocar estos Idealistas fenomenales, que no sufran del contacto con la plebe histórica que los rodea?

no es, sin una turbación de alma, muy profunda, que se habla de ellos;

esos porta-llamas, marcan una orientación hacia las cimas, perturbando la calma bestial de los pueblos-rebaños, hebetados y sumisos, bajo el pavor de los antropoides galoneados que los azotan;

el soplo espiritual, que agita a estos apóstoles, cuyo pensamiento se hizo una espada, es tan fuerte, que basta para dar alas al aprisco, y levantarlo con ellos, hacia las cimas del Ideal;

¿que el rebaño vuelve a caer más hondo, cuando al brazo libertador falta el esfuerzo heroico de la Vida?

verdad, triste verdad;

¿que Cuba, la Cuba de Martí, libertada un momento, no vivió como pueblo independiente, sino para morir luego, ignorando la gloria de ser libre, porque la Pedagogía artera de Estrada Palma, y la anquilosis moral de los anexionistas, encontró con la Enmienda Platt, la manera de atar con un hilo de oro, la Estrella Solitaria, a la Constelación rapaz, que refleja sus estrellas piratas, sobre las aguas, del Hudson?

verdad, verdad, triste verdad;

¿que del ensueño y del esfuerzo de Juárez, no queda en la Historia, sino el escándalo de un Pueblo, que el Reinado de Sangre de Porfirio Díaz, redujo a la pulpa sanguinolenta de una tribu triturada, bajo las zarpas siniestras de ese puma epiléptico y caduco?

verdad, verdad, triste verdad;

¿que al caer de los brazos generosos de Alfaro, el Ecua-

dor cayó bajo las zapatillas de bailarina, del andrógino feroz, que hoy lo tritura, con la complacencia cobarde de su histerismo exasperado?

verdad, verdad, tristísima verdad;

pero, ¿el naufragio de un Ensueño, es una razón para culpar a los Ensoñadores, que hicieron de él un sol, y lo clavaron sobre un cielo tenebroso?

no;

esos grandes Poetas de la Acción, dejando con la virtud misteriosa de su Verbo y de su Espada, tales resonancias bélicas, tal fuerza de Encantamiento, y de loco amor a la Libertad, que de sus cenizas, selladas o dispersas, se desprende un hálito de Idealidad heroica, bastante para despertar el corazón de un Mundo;

y, Eloy Alfaro, fué eso, un Poeta Agráfico, Poeta sin sonoridades, que escribió con la punta de su espada, uno de los más bellos Poemas de Libertad, que se hayan vivido jamás, bajo los cielos latinos;

aquel galvanizador de pueblos, yace inerte, pero, su Ensueño queda en pie, su valeroso Ensueño, libre, como lo fué su alma, de todo átomo de impureza;

y, un pueblo entero, gravita en torno a la órbita de ese ensueño;

es el privilegio de los grandes iluminados: encadenar las almas al sortilegio luminoso de su ensoñación;

en vano los grandes didácticos del Silencio, lo prescriben y lo enseñan, encima de esas tumbas;

el Silencio, no puede nada contra la luz que no habla, pero irradia en un himno sin palabras;

ese himno, generador de los grandes entusiasmos, no se apaga bajo la sombra osada que envuelve momentáneamente, los pueblos que ellos crearon;

no será el Verbo Orfico, que dome las bestias feroces de la Tiranía, pero será el Canto Epinicio, que llame los pueblos al combate, cuando estén cansados de agonizar, bajo Triunfus, el asno capitolino que coronó Augusto;

esos Titanes del Esfuerzo, fueron los únicos, con energías bastante poderosas para borrar con sus plantas, las fronteras de toda Realidad, y coronar los picachos enhies-

tos, donde se borran todas las perspectivas, y no se descubren ya límites al horizonte;

ellos solos, poseyeron la llave de luz, que abre la puerta del templo de la Esfinge;

y, ellos, le arrancaron la palabra reveladora;

¿que el secreto de esa palabra, y la partícula del Misterio que ella encierra, murió con ellos?

y, ¿qué?

no dejaron por eso, de ser una Potencia Humana, uno de esos seres de intensidad superior, una como fuerza misteriosa y profunda, de esas que la Naturaleza, emplea para convulsionar los mundos;

que esa fuerza, sea violada a su vez, por la pequeñez artera de los hombres, traicionada en sus altos destinos, por la miseria de los acontecimientos, y vaya a caer, rota en pedazos sobre la misma tierra que quería salvar;

¿que prueba ello?

la crueldad, o la locura de las fuerzas ocultas y ciegas que gobiernan la Vida; la completa inutilidad de Dios en la Historia;

hablad de Dios, en la selva de Dos-Ríos; los árboles de la floresta trágica, os aplastarían por blasfemos;

hablad de Dios, en el Egido de Quito; las llamas que consumieron el cuerpo del Héroe, brotarían de nueva de la Tierra, para consumir vuestra lengua profanadora;

el Crimen, niega a Dios.

IX

No es mi objeto hacer aquí, la Historia de los Gobiernos de Alfaro, ni la Apología de su Política libertadora y civilizadora, tan miserablemente calumniada, por los difamadores perseverantes de aquel Grande Hombre;

gacetilleros, ayunos de toda inteligencia, y de toda probidad, se encargaron ayer, y se encargan hoy, de deformarla y de difamarla, desde las columnas de sus diarios, que él toleró impasible, y que hoy, otros subvencionan satisfechos, para ese sucio menester;

la Historia, no es un mercader de estiércol, para recoger esas hojas vergonzante y esos nombres de foliculares, sin prestigio del fondo de la claoca en que vivieron, para estamparlos sobre sus páginas austeras;

la Historia, no se escribe con detritus;

ciertos hombres, y ciertos nombres, podrán violar la publicidad, llegando hasta ella; la Historia, no la violarán jamás;

la gacetilla, fué su cuna, y ella será su tumba;

mi pluma, no interrumpirá su trayectoria hacia el Olvido, ni será enredados en sus picos, que han de salir de su justa y estipendiada obscuridad.

... ...
... ...
... ...

Los Héroes, se empequeñecen en la Política;

no es su terreno;

se debaten prisioneros de ella, como si fuesen Hércules prisioneros en las redes de Vulcano;

rara vez, un Libertador de pueblos, es un Organizador de pueblos;

hay en el Héroe auténtico, un candor original, que lo hace inhábil, por exceso de Ilusión, para esa lucha de realidades implacables, que es la Política;

el Héroe, entra en la categoría de los genios;
y, el Genio y la Política, se excluyen;
la Política, es la ciencia de los mediocres;
no es la ciencia de César, es la de Augusto;
¿que hay grandes políticos?
sea;
como hay grandes saurios, en los fangales de un río;
la grandeza, es relativa;

la Historia, atestigua, que todo verdadero grande hombre que llega a la política fracasa en ella;

¿por qué fracasan los libertadores, al llegar al Poder, en los pueblos libertados por ellos?

por su exceso de Idealismo, por no decir de Romanticismo;

y, notad, que en la categoría de mis palabras, Héroe, es sinónimo de Libertador;

en los dominadores, puede haber grandeza, pero, no hay heroísmo, en el sentido espiritual de la palabra;

para mí, la grandeza de un asesino, de hombres o de pueblos, ya se llame Bonnot, ya Bonaparte, no entra jamás en la categoría de lo heroico;

el Dominador, sí puede organizar un pueblo; es decir, puede encadenar un pueblo;

yo, no sé la grandeza que haya en ese gesto;

esa grandeza, no la comprenden sino los que tienen alma de tirano, y no la proclaman sino los que tienen alma de siervos;

yo, tengo una alma de Hombre Libre, y niego toda forma de grandeza a la Opresión;

libertar, es un gesto contrario a gobernar;

tratar de aunarlos en uno solo, ha sido el fracaso de todos los libertadores;

un Libertador que llega al Poder, cae vencido por la Libertad, a la cual él mismo le dió vida;

la diosa, surgida de su espada, lo devora;

tal fué la suerte de Bolívar;

tal fué la suerte de Alfaro;

si Alfaro, no fué un gran político, en el sentido que a tal palabra dan los prácticos de esa ciencia, fué porque quedó siendo siempre un Grande Héroe; es decir, un gran So-

ñador; un enamorado incorregible de la Libertad, fuera de todas las realidades protervas de las facciones en fermento;

se negó a ser un Tirano;

¿cómo queréis que fuera un gran Político, en el corazón de aquellas democracias que no saben adorar sino el azote?

yo no culpo la política de Alfaro, de haber fracasado por su generosidad; constato el hecho, y hago de él un honor para su nombre;

el Idealismo parsifalesco, de su política, fué su ruina, pero fué también su gloria;

se empeñó en ser generoso, frente a la crueldad;

noble, frente al rencor;

grande, frente a la bajeza;

hizo del Perdón, un Sistema;

del Olvido, una Ley;

de la Clemencia, una Política;

¿cómo, no queríais que fracasara?

la Política, no tiene corazón;

y, el corazón, era toda la inspiración de la política de Alfaro;

la Política, no tiene entrañas;

y, Alfaro, sentía sus entrañas agitadas por todas las llamadas de la Misericordia;

y, la Misericordia, fué su Política;

¿cómo queréis que no hubiese sido devorado, ese pelícano heroico, empeñado en dar su propio corazón, en pasto a sus enemigos?

Alfaro, se empeñó en ser un hombre de Principios, allí donde no son amados sino los hombres de pasiones;

hizo gobiernos de Ideas, allí donde no habían existido, sino gobiernos de intereses;

ignoró los apetitos, allí donde acababa de cesar el reinado de la Bestialidad;

despreció el tener garras, al entrar bajo ese solio, que había sido hasta entonces una jaula de fieras;

renunció a ser tigre;

¿no era eso, una insensatez?;

¿no era eso ignorar la política, es decir, nuestra política?

empeñarse en fundar la Libertad, y no en violarla;

tener la fuerza de un Dictador, y no usar de ella;

querer hacer ciudadanos, negándose a tener esclavos;
querer continuar el sueño de Bolívar...
obstinarse en ser un Libertador;
¿no era esa una Utopía, la peor de las utopías?
¿qué Político era ese?
nacido para pastor de pueblos, y no para capataz de esclavos, este Héroe virgiliano, cuya espada en el combate era un rayo, quiso hacer de esa espada en la Paz, un báculo, y se negó a hacer de ella un azote;
permanecer un Ideólogo;
ser un doctrinario irreductible;
hacer de las Ideas, un instrumento de Acción;
tratar de realizarlas, dándoles formas tangibles, en actos de libertad, y de progreso;
¿es eso posible, en nuestras democracias semi-bárbaras, enamoradas de la fuerza bruta, hechas a la música del azote?
el fracaso de Alfaro, nos responde con un largo clamor en lo Infinito.

X

Alfaro, que fué el Héroe más cabal, aparecido en el escenario de nuestra Historia moderna, fué incompleto, no por falta de Virtud, sino por exceso de ella;

quiso ignorar voluntariamente, que el asesinato, es un elemento de gobierno en los pueblos primitivos, y que no cortar la cabeza a sus contrarios, es condenar la suya a ser cortada;

permanecer puro, en medio de la corrupción de su siglo, le pareció posible a este rival de Cincinato, que ignoraba que de esa grandeza, se haría un delito para devorarlo, como se daba a los leones en el Circo, las carnes impolutas de las vírgenes, que no habían querido prostituirse;

eso, lo ignoraba aquel Fabricio nuestro, al cual, todos los géneros de la grandeza le eran familiares, menos el del Crimen.

Alfaro, pertenecía a la raza de los grandes hombres, de aquellos que hacen la Victoria; no pertenecía a la de los mediocres, a la de aquellos que no saben sino explotarla;

era un rompedor de cadenas, no un forjador de yugos;

¿cómo podría perdurar su Poder, hecho todo de clemencias y libertades, en medio de multitudes ignaras y esclavas, que sollozaban en silencio, por los yugos despedazados y las cadenas rotas?;

renunció al Reinado del Terror, que es el único amado de las indiadas salvajes y propio a las facciones en delirio, y por haber renunciado a devorar esas indiadas, fué devorado por ellas;

él, que nunca tembló de miedo, no quiso hacer temblar de miedo, a los demás;

los esclavos, libres de la cadena, no perdonaron a aquel que los había desencadenado;

y, no sabiendo qué hacer de la Libertad que él les había dado, la emplearon en devorar a su Libertador;

legitimando su Autoridad por la Clemencia, renunció a hacerla legitimar por la Violencia;

y, eso lo perdió;

pretendió desarmar el Odio, por la Piedad, sin prever el día, en que las turbas regresivas de Quito, sueltas en plena barbarie, tumbarían los altares de la Piedad, que él había levantado en el Capitolio, y lo arrastrarían desnudo, sobre los mismos senderos que él había tapizado con sus dádivas.

no queriendo entregar a la Tiranía el cuidado de conservar sus Victorias, encargó a la Virtud, el cuidado de salvarlas;

y, la Virtud fué ineficaz; ;

esa fué la Ilusión de Alfaro;

y, ya se sabe, que las ilusiones pierden a aquellos mismos que ciegan:

pero, ¿faltaron a este Ilusionado. Sublime, las condiciones de un Jefe de Estado?

no;

le faltaron dotes de Tirano;

tenía, el alma demasiado noble, para serlo, pero era indudablemente un Conductor de Hombres, un Creador de Pueblos, un Jefe de Gobierno, aquel que hizo de una tribu dominada por el Terror, embrutecida por la Superstición. devastada por la Ignorancia, un país de cultura, de grandes anhelos, de nobles arrebatos hacia la Libertad;

las turbas antropófagas de Quito, no tienen nada que ver con el alma y la cultura del Ecuador actual; alcanzan a mancillarla. pero no a negarla, y menos a destruirla;

eesas turbas, son la vergüenza del Ecuador, pero no son el Ecuador;

esos antropoides, enfurecidos y retardatarios, se conservaban ayer, se conservan hoy, se conservarán mañana, fuera de la civilización, rechazados igualmente, por la humanidad y por la selva;

los especímenes de esa fauna, no se civilizan, se cazan;

Alfaro, alimentó el sueño heroico de regenerar un pueblo;

en ese sueño, había una igual cantidad de orgullo y de

candidez, pero ambas fueron pequeñas para el esfuerzo del Héroe;

no fueron, ni el Talento, ni el Valor, ni el Patriotismo, los que faltaron a Alfaro y a sus colaboradores, a ese grupo de demoledores audaces, y de constructores pacientes, que lo acompañaron en su Obra de Civilización, hasta las puertas mismas de la Muerte;

se ha calumniado a ese grupo de doctrinarios irreductibles, que juraron a su honor, hacer del Ecuador un pueblo libre, y lo hicieron;

la Elocuencia, la Sinceridad, el Coraje impávido, nada faltó a aquellos grandes novadores, a aquellos que fueron, y quedarán ante la Historia, como los creadores de una Nacionalidad, allí donde no existía sino un feudo de Roma, saqueado por los piratas de la Iglesia;

nunca influencia más real, se hizo sentir en una democracia, que la de aquella minoría de hombres cultos y austeros, núcleo de reformadores y de fundadores, a los cuales no faltó nada, ni el Exito, porque los vencedores de hoy, han podido sorprender al Pueblo que ellos libertaron, pero, no podrán, dominarlo, ni encadenarlo de nuevo;

esta victoria, efímera como toda obra de Traición, finirá por una tragedia sin grandeza, en la cual la pequeñez de la víctima, quitará toda gloria al sacrificio;

el pueblo liberal, vencerá la inmunda satrapía, que los asesinos de Enero, alzaron sobre las cenizas de los Mártires;

Semíramis, huirá despavoridad, si antes, uno de sus legionarios ingratos, no deshonra la espada, cortándole la garganta a esa vaca fugitiva;

la taifa de asesinos, seguirá los equipajes de su Reina destronada, y tras el polvo de esos bizantinos en derrota, el pueblo del Ecuador, el pueblo libre y glorioso, ese pueblo, formado por el esfuerzo de Alfaro, de Peralta, de Moncayo, de Felicísimo López, de los Andrades, los Conchas, los Alfaros, Luciano Coral, y todos los reformadores, los fundadores, los propulsores liberales, alzará de nuevo las banderas ultrajadas de la Civilización, y colocará en el Capitolio Nacional la estatua de la Libertad, encima de las cenizas de los Héroes.

XI

Nadie, como Eloy Alfaro, supo la terrible verdad, de las palabras de San Pablo de que, "la vida, es un combate".

alma de llamas y de estremecimientos, contextura prodigiosa ante el dolor, pasión frenética del Triunfo, energías visionarias que se dirían dementes —tal era el poder heroico que tenían de centuplicarse y resolverse en actos inquietantes y grandiosos— formaban aquella alma de exaltación silenciosa y tenaz;

¿a dónde podía partir esa alma sino a la batalla?

¿a dónde podía ir, sino al triunfo?

la batalla...; ¿es que salió alguna vez de ella, este Héroe de Epopeya y de Redención?;

la batalla, siempre la batalla, nada más que la batalla; esa fué su Vida;

¿el Destierro? una batalla contra el hambre, contra el desamparo, contra la miseria;

¿la Guerra? un estrépito de batallas, contra los hombres, contra los mares, contra los ríos, contra las selvas, que se alzaban ante él para cerrarle el paso;

¿el Gobierno? una batalla contra el Pasado, contra la sombra abyecta del Pasado, omnipotente en esos pueblos, que el fanatismo religioso modeló para la esclavitud; batalla contra la tiniebla de las almas, contra la corrupción de los corazones, contra la concupiscencia de las manos;

el Poder, no fué para Alfaro, sino otro campo de batallas, más trascendentales, más encarnizadas, más difíciles, que aquellas de las cuales, se había hecho una Vía Triunfal, para llegar al Capitolio;

en el Poder, Alfaro no era ya el soldado de las ideas, sino el prisionero de ellas;

talmente las amaba, que inmovilizaba su espada, temeroso de desgarrarlas si la movía;

este anciano, doctrinario y meticuloso en asunto de principios, fué la última flor del Radicalismo Ideológico, ya extinto, que buscó el pecho homérico de aquel Héroe, para dar en él su último perfume;

aquel amor ciego a las Ideas, aquel culto apasionado y mórbido de ellas, ¿impidieron que el Gran Caudillo fuera un Grande Hombre de Estado?;

¿la carga poderosa de los principios, robó fuerzas al brazo demoledor?

tal vez, la Historia dirá, que si Alfaro no fué absolutamente victorioso como político, lo debió a su culto fanático por las ideas, y a la misericordia ilimitada de su corazón;

a su Doctrinarismo, y a su Generosidad; a no querer sacrificar, ni sus principios, ni sus enemigos;

eso lo perdió;

esas dos deficiencias, son para mí, dos excelencias de su carácter;

yo, hombre de principios, las constato, y las aplaudo;

hago de ellas, dos rosas de Inmortalidad, y las pongo sobre el cráneo fracasado del Mártir del Egido;

como reformador, Alfaro pudo dejar de ser violento, pero no dejó jamas de ser heroico;

era caótico, el momento en que llegó al Poder; caótico y desconcertante;

era una hora incierta, conmovida y tempestuosa, esa en que Alfaro vencedor, surgió para coronar la Libertad, sobre el cráter del Pichincha en erupción, y bajo un cielo en tinieblas, donde gruñía aún la tempestad;

la tierra, temblaba todavía bajo el cataclismo, y el cielo se estremecía, cuando el Héroe Vencedor, escaló la cima de los Andes, seguido de sus legiones, que habían llegado allí, ascendiendo, de sierra en sierra, y de picacho en picacho, imantadas por el fulgor de aquella espada;

¿qué se podía fundar sobre tanta incertidumbre, en esos parajes de devastación?

la noche que había reinado sobre esos cielos, era esa profunda noche, sin entrañas y sin estrellas, tras de la cual, las más bellas auroras se rebelan a brillar;

esa noche del pavor y del espanto, bajo la cual los pue-

blos desaparecen, en una orgía de silencios, devorados por todos los buitres que surgen del corazón helado del Abismo; la Noche Religiosa;

¿qué queréis que brotara de aquel caos informe, donde durante una interminable sucesión de lustros, reinaron como deidades absolutas, el Sacerdote y el Verdugo, esos dos hermanos gemelos de la Muerte?

el reinado de los sacerdotes, había sido en el Ecuador, como en todos los países de América, un festín de chacales;

a perturbar este festín, poniendo en huída las bestias ahitas y asquerosas, apareció como un sol en el horizonte, la espada victoriosa de Alfaro;

¡bandera de Libertad, flotando sobre el fluctuamiento misterioso y profundo, de todos los problemas informes, que bullen en el seno de un pueblo en descomposición!

¿reformar un Pueblo?

¿regenerar un Pueblo?

no;

crear un Pueblo; formar un Pueblo, tal fué la tarea encomendada por el Destino, a Eloy Alfaro, y a sus compañeros vencedores;

¿cómo llenaron su tarea, estos Macabeos del Ideal, surgidos del vientre ensangrentado de la Victoria?

creando un Pueblo.

Rentas, Ejército, Instrucción Pública, Correos, Telégrafos, Caminos de Hierro, Navegación a Vapor, Crédito Extranjero, Política, y Diplomacia, todo les tocó crearlo, todo reglamentarlo, sobre la dispersión de aquella Tribu Papal, vencida por su esfuerzo;

¿que no se llegó a un rompimiento, definitivo y violento, con la Curia Romana, y a la total repudiación de todo elemento religioso en las esferas del Estado?

¿que la Instrucción, laica, gratuita, y obligatoria, no se hizo efectiva, y no se puso al sacerdote a la puerta de los establecimientos de enseñanza, con su alforja llena de dogmas y de mentiras?

culpa no fué eso, de Alfaro, de Peralta, de Moncayo, de López, de Venegas, de Concha, de Coral, del círculo de doctrinarios intelectuales, empeñados en demoler con una mano, y edificar con la otra;

culpa fué del sedimento religioso y esclavo, que privaba en los tímidos sin convicciones, en los políticos de antecámara, cuya política era, poner una mano en el Tesoro Público, sin retirar la otra del agua sucia de la pila bautismal; grey enfermiza y sin valor, de hombres sin convicciones y sin ideas, temibles por la enormidad de sus evoluciones, si no lo fueran por la de sus deserciones, abono animal para todas las traiciones, a los cuales el laicismo espantaba, esclavos del dogma, plutócratas fastuosos y nulos, que habían de ser luego, a la hora de la reacción contra las conquistas liberales, los cortesanos de Leónidas Plaza, a quien el crimen y la sangre, no logran redimir del desprecio devorador, que lo circunda como una atmósfera;

si la victoria, no fué completa, culpa fué de esa levadura inmunda, que la Curia Romana, mantenía bullente, en el fondo del Partido Liberal, para criticar toda evolución definitiva, oponerse a todo hecho trascendental, y extender sus manos llenas de dádivas, entre la reacción y el liberalismo, cada vez que éste intentó estrangular a aquélla.

Alfaro, fué débil con ellos;

y, sin embargo, ¡qué colosal transformación, llevada a cabo por este soñador aventurero, hecho Artífice prudente, de la Grandeza de un pueblo!;

¿véis, el mar, azul y luminoso, que revienta en copos de espuma, ciñendo la playa roja de una corona de narcisos de cristal?;

y, ¿las cadenas de montañas altísimas, último refugio del rayo, en cuyas cimas desnudas, caen vencidas por igual las tormentas y las águilas? ¡crestas agrias, recias crestas, farallones que el Eterno Silencio acaricia con su mano de tinieblas, hecha a desmelenar los huracanes, centinelas que la Naturaleza levantó entre el mar y el valle pensativo, para proteger la quietud de las razas bravías, que el Pichincha cobija, con su oriflama de llamas!

¿quién rompió, esa muralla centuplicada de pirámides?

¿qué Hércules, superior, a todos los de la Fábula, puso su hombro y derrumbó la cortina enorme de granito?

¿por el milagro de cuál Dios, las selvas fueron violadas, las cimas humilladas, y el hálito acre del mar, saturó con

sus aromas, la llanura taciturna y esquiva, llena de un insoportable olor de cirios y de incienso?

¿quién unió el infinito de esas dos soledades, como si hubiese atado en el espacio la cauda de dos cometas

quién fué ese demiurgo, que desventró la tierra, y atravesó con su espada el corazón de la Montaña?

Eloy Alfaro;

él fué, quien soltó, desde la playa hasta la cima, esa serpiente de hierro y llamas; esa Pitón conquistadora, con vértebras de acero, que fué silbando y llameando, de colina en colina, lamiendo y acariciando los flancos domados de la montaña, hasta lo más alto de las cimas, y se enroscó como una diadema de luz en las Sienes del Pichincha;

el Ferrocarril, de Guayaquil a Quito, esa gran Epopeya del Trabajo, fué la Obra Magna de Eloy Alfaro, aquella que nada, ni las ingratitudes de los hombres, ni el odio de los chacales, ni la amnesia cobarde de los pueblos,, podrán discutirle ni negarle, cualesquiera que sean las formas de poderío que la infamia revista, en ese laberinto de pasiones puñaleras, en ese bazar de asesinatos orientales, en que Leónidas Plaza y su hampa de camelotes del dicterio, han convertido la República, que Montalvo ungió, con los aromas de su palabra, y Alfaro coronó con los laureles de su Gloria;

la Mentira creciente, de los grandes asesinos, no podrá nada, contra la gloria creciente del Gran Asesinado;

la historia, se alza entre el Crimen y la Víctima;

ella, se inclina ante Alfaro, y le dice reverente: "Pasad";

y, le abre los cielos interminables de la Inmortalidad, mientras Leónidas Plaza, vuelta la espalda a toda Gloria, se desliza tanteando por el muro del Crimen, siguiendo la sombra de los grandes asesinos, sus hermanos; la sombra de Caín en las florestas del Génesis; la sombra de Judas, en los valles galileos; la sombra de Flores, en la montaña de Berruecos;

¿de qué galera fenicia, del serrallo de cuál Sultán, se escapó esa figura ambigua y fatal que persigue al Gran Vencido, aun más allá de la tumba, y lo apuñalea por la espalda, desgarrándole su manto de cenizas?

del corazón mismo de Alfaro, de la Misericordia de Alfaro, de la funesta debilidad de Alfaro.

XII

¿Recordáis, cuando Agripina encinta de Nerón, consultó los augures, y éstos le anunciaron, que el hijo que iba a nacer de sus entrañas, estaba destinado a reinar, pero según el horóscopo fatal, ese niño mataría a su propia madre?

—Que reine, aunque me mate —dijo Agripina;

tal, pareció decir Alfaro, cuando al fin de su primer período presidencial, resolvió cegado por el Destino, patrocinar la candidatura de Leónidas Plaza, para sucederle;

no faltaron advertencias a Alfaro, y tal vez las mías, fueron las más premurosas, las más proféticas de todas (1);

¡ay! en esa ocasión, como en otras tantas, fuí un terrible vidente de la Fatalidad...

mi voz, no pudo conjurar los acontecimientos, y el terrible error fué cumplido;

¿por qué extraña aberración del Destino, mi voz ha tenido en ocasiones, la inútil sonoridad de la de Casandra, y se ha perdido en la soledad, sin alcanzar a impedir la ruina de las murallas asaltadas?

¿por qué, mi dos únicos amigos políticos: Alfaro y Crespo, que tuvieron siempre una confianza ciega en la extraña lucidez de mi Visión y de mi Pre-Visión, me oyeron en todas ocasiones, menos en aquellas en que les anuncié la catâstrofe definitiva, y los conjuré a evitarla?

iban al abismo, cegados por la Fatalidad, antes de ser cegados por la Muerte;

---

(1) *En un reciente folleto del coronel Olmedo Alfaro, publicado en Nueva York, figura una carta, que el presidente, su padre, me escribió a Roma tratando de calmar mi gran inquietud a ese respecto; es de lamentarse, que del epistolario del Gran Muerto, no hayan sido extraídas mis cartas de aquel entonces; serían una lección de Profética.*

tal es, la ceguera divina de los Héroes;
ellos ignoran los pequeños;
y, los pequeños, se vengan de esa injuriosa ignorancia;
no hay sino los pequeños, que puedan eliminar cobardemente a los grandes;
las majestades, se respetan;
no veréis un león, devorar otro león;
pero, existe la serpiente para morderlo en el talón, y las hormigas, para devorar su cadáver;
¿es un pichón suyo; ese que persigue el vuelo del águila caudal y se le pone bajo las alas, y la pica con furor?
no; es un cernícalo;
el águila, no ve el cernícalo, no lo siente bajo las alas; y, el águila, sangra, sangra, sangra;
y, cae muerta sobre la roca, ignorando su asesino;
no pidáis a los pequeños, que respeten a los grandes;
respeto, es comprensión;
y, los pequeños, no comprenden a los grandes; ellos, no saben sino envidiarlos;
los pequeños, no son el terror de los grandes, porque los grandes, no conocen el terror;
pero, son su peligro;
y, los héroes ignoran el peligro, o lo que es más aún, lo aman;
por eso caen en él, como en los brazos de un Amor;
el amor de la Gloria, y de la Muerte;
de ese loco amor, se forma toda el alma de un Héroe;
y, eran dos Héroes, mis dos únicos amigos;
aquellos, a quienes anuncié la catástrofe y no me oyeron;
yo, conjuré desde Nem York a Crespo, a no salir a la campaña, donde sería ultimado por los asesinos a sueldo de Zoilo Bello Rodríguez, e Ignacio Andrade, que querían eliminarlo;
José Ramón Núñez, Secretario General de Crespo, celoso de una influencia que yo no estimaba en nada, interceptó mi correspondencia;
y, Crespo salió a la guerra;
el **asesino oficial**, lo esperaba en lo alto de un árbol, y la acechanza de la **Mata Carmelera** dió en tierra con el Héroe formidable, cuya caída, hizo temblar la selva; y el grito de

Hécuba, pareció llenar de nuevo, con su lúgubre sonoridad, el triste corazón de la montaña;

¿que Ignacio Andrade, fué el Leónidas Plaza de aquel drama abominable de la ingratitud, bajo cuyo peso. habia de caer después, condenado a ir de playa en playa, fantasma de **Liliput** en destierro, o microbio galoneado, ocultando sus manos ensangrentadas, bajo sus guantes de Embajador?;

¿que Zoilo Bello Rodríguez, fué el Yago sombrío, que armó al tirador aleve, cuyo nombre no repite la historia por temor de mancillarse?

sea;

pero, José Ramón Núñez, consejero torpe y desleal, quien empujó a Crespo violentamente en el sepulcro;

él, lo empujó al abismo; y el abismo lo devoró;

Veritas est, quod est;;

¿qué consejero maléfico, indujo a Alfaro, a proteger la candidatura de Leónidas Plaza, y a escoger a ese soldado obscuro, sin nombre y sin prestigio, para sentarlo en el Sillón Presidencial, confiándole el cuidado de mantener intactas las gloriosas conquistas de su espada?

yo, no lo sé;

ello, es que Alfaro no me oyó, y Leónidas Plaza fué hecho Presidente.

XIII

El calvario de Alfaro, principió al pie de las gradas del solio presidencial, que descendía;

al salir del Capitolio Nacional, Alfaro, no vió ya sino espaldas vueltas hacia él; y cabezas cubiertas, con una insolencia igual, a la sumisión con que antes se habían inclinado reverentes a su paso;

la ingratitud, es el alma de las democracias, y cuando a ella. se añade la traición, el abandono de aquellos que han salvado esas democracias, es completo;

y, Alfaro, marchó, sintiendo ensancharse ante él, los límites de la Soledad;

pero, en la ciudad capitolina, y nada más que en la ciudad capitolina, donde el Imperio del Báculo, hizo siempre sombra al Imperio de su Espada.

Alfaro, no fué como Pompeyo, a morir en las playas del destierro, bajo la cuchilla de un esclavo vendido;

su vencedor, no se llamaba César, y el campo de la Traición, no se llamó jamás Farsalia;

no fué tampoco como Aníbal, a vagar de playa en playa, defendiendo su corazón, del puñal de sus contrarios;

no;

se refugió en la gran fortaleza del liberalismo ecuatoriano, en Guayaquil, la ciudad anadiomena y leal, a la cual parece atado el carro de los destinos futuros de la República;

la Miseria y la Soledad, rodearon al gran Vencido, como dos muros infranqueables, que las persecuciones oficiales, erizaban de hostilidades;

no es deshonrar, sino engrandecer la gloria de Alfaro, decir que vivió durante este tiempo, de la generosidad de sus amigos;

él, por entre cuyos dedos, había corrido como un Pactolo.

el oro de las arcas nacionales, recibía en su manos puras, el óbolo de su amistad, conmovida de tanta gloria;

aquel anciano perilustre, que había sacrificado millones a la Libertad, no tenía un techo suyo, bajo el cual amparar su miseria y su dolor, y el sueño de los suyos;

su esposa y sus hijos, que no sabían sino de las tristezas del destierro, lo cercaban con su amor, como un rosal heroico, que protegiera el sueño del viejo león vencido.

Leónidas Plaza, lo perseguía, con una saña creciente, que no se detenía, ante ninguna forma de bajeza;

el veneno, la asechanza, el motín, todo lo ensayó contra él; y, en todo fracasó.

Leónidas Plaza, pertenece a esa raza de seres, que se creen en el deber de no perdonar jamás un beneficio;

su vida, no puede decirse, que haya sido una rebelión contra el Honor; sino una ignorancia absoluta de él;

no lo ha violado jamás, porque no lo ha conocido nunca;

todos los caminos de la virtud, aparecieron cerrados ante aquel salteador taciturno y taimado; no halló abierto, sino el del delito, y entró por él con una voracidad miedosa, de lobo desmadrado.

Leónidas Plaza, es la enorme vaca andrógina, hecha para desconcertar por igual, todos los cálculos de la Zoología, y todos los postulados de la Etica;

pertenece, a ese grupo reducido de seres, nacidos para hacer enrojecer la Historia;

en la escala teratológica, Plaza, no pertenece a los felinos, a los carniceros, a los grandes y terribles destructores, cuya silueta, hace una sombra de pavor en la Historia y en las selvas;

pertenece, a los rastreros, a los silenciosos, a los vertebrados inferiores;

es de la raza de las víperas;

no busquéis en él ninguna forma de fuerza, que no sea la de la astucia; ninguna grandeza que no sea la del mal;

no esperéis verlo saltar en plena luz meridiana, sobre el campo del peligro, y devorar su presa;

no;

la luz, vencería a aquel anfibio extraño, que busca la som-

bra violácea de las aguas del pantano; mitad hiena, mitad boa;

esperadlo en la noche, en el silencio, a la hora de devorar los cadáveres;

veréis entonces, su silueta pávida, entrar en el festín;

¿a qué escala zoológica, a qué sexo pertenece, este ser colocado por la Naturaleza fuera de ella, y al cual se olvidó de clasificar?

asqueroso embrión, indefinido y repugnante, ¿cómo pudo ser colocado por el Destino, en el camino de los grandes hombres para destruirlos?

larvado, informe, sin ninguna forma de fuerza, y con todas las apariencias de un fenómeno inservible y repugnante, ¿por cuál extraño misterio de la vida, algo así tan infinitesimal, ha podido ser tan siniestramente fatal?

áspid invisible y ciego, nacido bajo el talón de Aquiles, para morderle, la Historia, encontrándose con él, no acierta a verlo, y, al descubrirlo bajo el Héroe muerto, lo aplasta, sí, pero lo aplasta con el desprecio.

Plaza, rompe el molde de lo pequeño, para entrar en lo ínfimo;

su pequeñez, no tiene matices, como la de ciertos insectos, que algunos llegan hasta ser luminosos; es de un negro monótono de sangre y de cloaca, difícil de distinguir del lodo que lo creó;

el problema de todas las decadencias, parece resuelto en Plaza; resuelto y no agotado;

decadencia física, decadencia moral, atrofia intelectual; un residuo de raza en descomposición;

¿cómo, en ese átomo de anfibio, ha podido caber un abismo; todo el abismo del mal?

¡lo infinito, en lo infinitesimal!

¡misterios de la Psiquis!

vedlo, a la luz crepuscular y oblicua, con sus ojos llenos de ambigüedades, deslizarse por el matorral del crimen, arrastrando las patas traseras, con un movimiento de hiena en las ancas escurridas;

teme a las grandes cimas, a los grandes árboles, a los grandes hombres;

tiembla, al ruido que su espada hace en el jaral;

¿cómo ha podido arrastrar en pos de sí una espada, este hombre que ignoró siempre dónde quedan los prados rojos. los ríos de fuego, y las cimas incendiadas de la Epopeya?

sólo hay una cosa que Leónidas Plaza ignora tanto como el Honor, y es el Valor;

el día que hubiese de levantarse una estatua a la Cobardía, Leónidas Plaza, daría el modelo más perfecto de ella;

el Miedo; he ahí su Musa;

temblar, temblar perpetuamente, temblar ante todo, ante los hombres, ante los acontecimientos; temblar ante el fantasma de su pasado, temblar ante la visión de su porvenir. un susulto, un temblor, un estremecimiento continuo, he ahí la vida azarosa y gelatinosa, de aquel epiléptico del Crimen;

otros, han sido tiranos por ambición, asesino por interés, criminales por venganza.

Plaza, no.

Plaza, ha sido todo eso, por Miedo;

es el Miedo, el que ha dado a esta liebre infecta, la talla enorme de un Monstruo;

alma de esclavo, y corazón de Tirano, nadie hubo mejor para la servidumbre, que este eunuco rapaz, hecho a ocultarse bajo el lecho de su amo, con la soga estranguladora entre las manos;

cuando este liberto coronado llegó al Poder, era feliz, como los pueblos de que habla el Historiador; feliz, porque no tenía Historia, a no ser que se llame tal, una vida de genuflexiones obscuras, de adulaciones rastreras, de derrotas de antecámara, de este oficial de guardarropía, del cual se apartaban entonces los ojos con desdén, sin pensar que un día habrían de clavarse en él, fijamente, fanatizados de horror.

Plaza, no perteneció nunca, a los amigos de Alfaro, sino a su servidumbre;

lacayo meloso, amamantado con la ración que el Gran Proscripto le daba, siguiólo por las playas extranjeras, como un lobo domesticado, que fingiese la fidelidad de un perro;

hubo un día, en que Alfaro no pudo ya mantener su servidumbre, y Plaza fué licenciado;

dióse entonces, a esa vida de aventuras de garito, que lo hicieron en Centro América, el colega y el cómplice de una taifa de tahures averiados;

perdido en la chulería, ese genízaro feroz, sentía la necesidad de un amo;

la nostalgia de la servidumbre lo hizo triste;

un amo, ¿dónde encontrar un amo? he ahí el problema de aquel pretoriano en huelga;

sin espada que alquilar; ¿a quién alquilaría un puñal?

Roberto Sacaza, no quiso de él, lo despidió a pocos días de estar a su servicio;

los Ezetas, no necesitaban de asesinos sin valor; se bastaban ellos solos, y tenían a su servicio genízaros cuasi heroicos;

¿a dónde iría aquel desecho de esclavo, en busca de un mendrugo?

pensó en Costa Rica; y allá fué;

reinaba Rafael Iglesias, que había heredado de su suegro, el jirón de lienzo que le servía de púrpura;

vanidoso, pueril, ensimismado, este cartaginés diminuto, se soñaba perseguido, y tenía necesidad de un guarda-espalda;

vistió a Plaza, galoneó a Plaza, enchamarró a Plaza, e hizo de Plaza, un mameluco vistoso, que cargaba en pos de sí, por las calles de San José;

unos, rieron de él; otros, tuvieron miedo de él;

el matamoros de alquiler, no encontró a nadie a quien matar por la espalda, y le asaltó el temor de llegar a ser inútil;

entonces, se hizo delator;

y, los costarricenses, se vieron sorprendidos, por aquel arte domiciano, importado de lejos en la lengua de aquel espía taimado y venenoso;

nunca el espionaje de un lacayo, revistió formas más infames, que en aquel liberto cosmopolita, que temblaba delatando sus víctimas, por cada una de las cuales cobraba un estipendio;

como un mendigo leproso vive de sus llagas, Plaza vivió de la infamia de su oficio;

la una mano, la extendía para señalar a aquel que dela-

taba, la otra, la extendía para pedir el premio de su delación;

¿ocupadas en esta infame tarea, cómo podrían haberse defendido aquellas manos, el día en que el delator fué abofeteado en público, y herido a cintarazos con la hoja de su propia espada?

las manos mercenarias, no supieron defenderse, y si el rostro abofeteado enrojeció, no fué por cierto de vergüenza;

descubierto en su cobardía, el centurión, habituado a volver la espalda al enemigo en los campos de batalla, la volvió también a su adversario, en ese campo del honor;

y, huyó despavorido;

entonces, como siempre, no supo sino huir;

es así, envuelto en el polvo de las derrotas, que se le ve cruzar el sendero de la vida;

un hombre de honor, a quien se hiere en una mejilla, no pone la otra, sino sus dos manos juntas en el rostro del contrario.

Plaza, no supo devolver el ultraje, sino volver a recibir, todos los puntapiés y todas las caricias.

Rafael Iglesias, no sintiéndose protegido por aquella cobardía, licenció al pretoriano, hecho ya inútil, por su falta de valor;

¿a dónde iría a refugiarse la sierpe fugitiva?

al lado de Alfaro, sobre el corazón mismo de Alfaro, explotando la miseria misericordiosa de Alfaro;

y, cuando Alfaro marchó al combate, Leónidas Plaza fué tras él, en la impedimenta de sus ejércitos;

y, cuando Alfaro triunfó, Leónidas Plaza, entró en la servidumbre de aquellos triunfos;

y, allí vegetó en la inercia, hasta que la mano de Alfaro vino a sacarlo de su obscuridad, no interrumpida hasta entonces, sino por el ruido de sus cadenas, o la voz de sus delaciones;

y, se aprestó a denunciarse a la Historia, por sus crímenes, como otros se denuncian, por el estrépito de sus batallas.

XIV

Así, surgió Plaza, en la mano de Alfaro, como una sierpe enroscada, en el brazo hercúleo de un domador;

la elección de Plaza, fué el error de Alfaro, la falta de Alfaro, o digámoslo más francamente; el único crimen político de Alfaro;

y, Plaza, se encargó de hacer expiar ese crimen al Gran Vencido, con la persecución primero, con la muerte al fin.

Plaza, no tuvo sino una política; perseguir a Alfaro, eliminar a Alfaro;

pero Alfaro, caído en la Adversidad, era más grande que Plaza colocado en el Poder;

el coloso caído en el polvo, hacía temblar al pigmeo, encaramado en el solio;

la cabeza de la Esfinge, sepultada bajo la arena, daba miedo con su mole, al chacal asqueroso, que husmeaba en la noche negra;

fué un duelo de cuatro años;

no se pudo asesinar a Alfaro, y Plaza tuvo que contentarse con hacer insultar a Alfaro;

legiones de foliculares venenosos, tuvieron su festín;

todos los deshonrados de la prensa, acudieron a él;

no hubo pústula cancerosa que no se ofreciera, para aquella orgía del insulto;

carne de gloria devoraron;

y, ensuciaron los laureles, que no pudieron destruir;

no hubo entonces, sino una pluma, para defender a Alfaro en playas extranjeras;

la mía;

yo, que no lo había ensalzado en el Poder; yo acudí solo a defenderlo en su infortunio;

dejé la Europa, y fué a New York;

allí fundé *Némesis;*

y, Némesis, fué como años antes **Hispano América**, el hogar intelectual del Gran Vencido, y el defensor de las glorias liberales, traicionadas y vendidas;

y, notad esto; yo defendí a Alfaro antes de vencer, cuando la miseria lo circuía por todas partes, y sus manos puras no tenían nada que dar.

Alfaro, llegó al Poder, y yo entré en el silencio;

seis años de poder suyo, y seis años de silencio mío;

mostrad, una sola línea mía, escrita en su favor, mientras él disponía de los favores: no la hallaréis;

cae Alfaro del Poder; salgo yo del Silencio;

yo fuí su único amigo, su único defensor ante el Mundo, en esa hora crepuscular y gris de su derrota;

vuelve Alfaro al Poder, y vuelvo yo al Silencio; y doy la espalda a su Victoria; ese es un gesto habitual en mí, que no sé cortejar sino el Dolor;

nuevos años de poder de Alfaro, y nuevos años de silencio mío;

no salí de ese silencio, sino dos veces; una, para escribirle una carta contra su política, carta que él publicó por razones que no me explico todavía, y otra, un artículo en Némesis, tan cruel, contra la situación ecuatoriana, que puso en peligro nuestra amistad;

cae Alfaro, muere Alfaro, y surjo yo, a defender la sombra augusta de Alfaro;

aquí de vosotros, galgos aulladores, que lamíais las manos generosas de Alfaro; aquí de vosotros, trailla bullanguera, que os hartabais de las raciones oficiales, ¿dónde estáis? las perreras de Plaza os poseen ahora;

si os sueltan, vais a lamer la sangre del Egido, y a aullar contra el gran muerto;

algunos de vosotros, sabuesos con entorchados, sois hoy, la voz de la jauría presidencial;

genízaros panfletarios, venidos de muy lejos para escribir, con la punta de la lanza de Longinos, la leyenda de vuestra infamia sobre el pecho del Mártir; ¿qué os hizo ese corazón de Misericordia que protegió vuestra miseria anónima?

mercenarios, hechos a deshonrar todos los metales, que después de haber deshonrado el acero de la espada, ciñén-

dola sin valor, deshonráis el acero de la pluma, esgrimiéndola sin talento; ¿no os basta haber sido los condottieres de la Traición, y aspiráis a haceros también, los condottieres de la Calumnia?;

legionarios de Semíramis, ungidos libelistas, por sus manos asquerosas; ¿no sentís, un momento de vergüenza, cuando vuestro amo de hoy, os suelta para ir en la noche negra, a aullar contra vuestro amo de ayer, y roer sus huesos insepultos?

si yo quisiera deshonrar la publicidad, os nombraría;

prefiero deshonrar el silencio, arrojando en él vuestros nombres, como se arrojaban al Spoliarium, los huesos anónimos de los antiguos esclavos;

entre tanto, continuad en insultar la Tumba Sagrada; sobre la cual se tiende un manso vuelo de Aguilas...;

las mismas viejas águilas nómadas, que volaron sobre la tumba de Escipión.

XV

Un día, el apogeo del insecto tuvo fin;

la larva coronada, sintió que el sol moría en su horizonte, en una dilución apresurada de prestigios;

y, la noche avanzaba;

la negra noche inapelable, de la abdicación y del Olvido;

era necesario resignarse a desaparecer del escenario fastuoso;

una tristeza, profunda y cómica, de bailarina envejecida, obligada a dejar la escena, poseyó a Plaza;

arguyó, chicaneó, suplicó, pero fué en vano;

las lanzas de sus sicarios, lo empujaban por la espalda, prontas a atravesarlo, si no dejaba el solio concupiscente, para las delicias de un nuevo amo;

¿cómo hallar un epílogo digno al reinado de la larva?

eso preocupaba enormemente a los parásitos oficiales;

dar un sucesor a Plaza...

eso, que físicamente era imposible; políticamente no lo era;

y, pensaron en eso;

y, Plaza temblaba;

¿es que iba a pasar, a desvanecerse, a morir, ese sueño encantador y sensual, que había sido su poder?

no más indios enchamarrados, no más Narcisos edecanes, no más genuflexiones, no más orgías...

tardes plácidas de Adriano, sombra amante y bella de Antinoo...

noches neronianas, llenas todas, del aliento brutal de cocheros palaciegos como Pitágoras el esclavo, y de las siluetas melancólicas de los mutilados como Eporo;

las fantasías ninivitas, iban a desaparecer, con su cortejo de delatores, de verdugos, y de espías.

Augústulo, empujado por la soldadesca, iba gradas abajo, de su trono de opereta;

sus amigos, lo obligaban a descender;

necesitaban un nuevo amo;

aquel pelafustán afeminado, comenzaba a inspirarles asco;

entre ellos y él, no había sino un solo nexo: la Traición;

buscar uno, que perpetuara ese sistema abominable, era toda la política del momento;

y, lo hallaron, entre los cargamentos de café que llenaban los muelles de Guayaquil.

Lisardo García, fué hecho persona, y Leónidas Plaza, se convirtió en fantasma;

se borró, se esfumó, desapareció, detrás del mulato cafetero que le sucedía en el solio;

obtuso, obscuro, insignificante, con una vanidad africana, y una insuficiencia lastimosa, el sucesor de Plaza, fué menos que nadie en el Poder; una sombra, sucediendo a otra sombra, en esa dinastía de traidores.

Lisardo García, se apresuró a legitimar su elevación, por la Cobardía, persiguiendo al anciano, desarmado y generoso, cuya gloria lo hacía temblar.

Alfaro, resistió, impasible, los ultrajes del nuevo amo, cuya bajeza plebeya, no alcanzaba a entristecer, la nobleza hidalga y altiva de su corazón.

García, como Plaza, estaba más abajo del desprecio de Alfaro...; más abajo...; en la zona donde el desprecio de los grandes, se convierte en misericordia hacia los ruines.

Lisardo García, era un Cresus de arrabal, megalómano y pueril, que pontificaba de estadista, en la absoluta carencia de personalidades financieras, que caracterizaba el círculo de los acéfalos de Plaza.

personaje anodino, incoloro, ilúcido, y sin prestigios, este comerciante de abarrotes, no habría sido capaz de ser fatal, si un ciego fanatismo religioso no lo hubiese asaltado en el Poder;

el Arzobispo de Quito, y sus secuaces, no tuvieron obstáculos, para dominar aquella alma que siempre les había pertenecido, y explotando su ignorancia oleaginosa, y su ét-

nica debilidad, lo hicieron prisionero de sus redes, y organizaron con él, una conjura clerical, que puso en serio peligro las conquistas liberales, que la traición de Leónidas Plaza, no había logrado destruir del todo;

el Partido Liberal, se alzó como un solo hombre, para expulsar del Capitolio, a aquel guiñapo de déspota que se ocultaba bajo aquel guiñapo de púrpura;

el viejo león, salió de su guarida.

Eloy Alfaro, se puso al frente de los ejércitos liberales, y en pocos días, en una serie de vertiginosas victorias, escaló las cimas y llegó de nuevo a Quito, confundiendo con las llamas del Pichincha, su penacho de Héroe Vencedor.

Lisardo García, cayó abrazado a su escapulario, mascujeando rezos en su dialecto mambís, y escapó, perdonado por Alfaro, que nunca supo mancillar la Victoria con la Violencia, y protegió en su huída, al pobre negro vencido, que supo salvar su vida y sus riquezas, y entrar feliz en la obscuridad, de la cual un torpe juego de la suerte lo había sacado;

el pululamiento de cretinos degenerados, que hacía imposible el reinado de toda dignidad, desapareció con Plaza y con García, y el Imperio de la Libertad, no fué ya puesto por más tiempo en almoneda.

Plaza, que había venido de Wáshington, para salvar a García, no tuvo, sino el tiempo preciso para saquear la Aduana de Guayaquil, y huir despavorido, entre las rechiflas del pueblo, que no se dignó deshonrar sus manos, en aquel prófugo venal, indigno de todo, hasta de la muerte;

y, se refugió en New York, para arrastrar allí, de garito en garito, su existencia de tahur, hasta perder sobre el tapete verde, la cuantiosa fortuna con la cual se había desposado, y tener que acudir a la misericordia de Rafael Reyes, que por entonces arruinaba a Colombia, con sus exacciones, y que echó su puñado de oro, con desdén, en la gorra de aquel Denys fugitivo, que tendía su mano a los paseantes, y sableaba a los Presidentes, diciéndoles, como el otro a los corintios: **Moi aussi j'eté Roi**;

y, se encarnizó, en deshonrar el sable, en la emigración, como había deshonrado la espada, en la derrota;

la muchedumbre abyecta, que no soñaba sino en tener un amo, se retiró del Poder, y el Ecuador tuvo un Jefe.

Alfaro, fué electo Presidente...

XVI

Me retiro de esa cima, es la de la Victoria;
¿qué tiene que ver conmigo la Victoria?
yo, escribo siempre, vuelto de espaldas a ella;
por eso, la de Alfaro, conmovió mi corazón, pero no me sacó de mi aislamiento, ni rompió el imperio de mi soledad, ni violó mi consigna de silencio, frente a todo poder;

sólo el ruido del derrumbamiento de su fortuna, vendría un día a sacarme de ese silencio, para pasear solitario, entre las ruinas, escribiendo en los pórticos derruídos, los dísticos dispersos de la Epopeya, esa Epopeya Alfárida, que los poetas de la Libertad, contarán un día, en estrofas inmortales, y grabaran sobre los mármoles del futuro, orgullosos de tanta gloria;

lejos estuve yo de ese Poder, lejos de esa Fortuna, lejos de esa Victoria, envuelto en el manto de mis largos destierros y de mis inviolables tristezas...;

no me mezclé a la turba de aduladores, y de merodeadores que pulularon en torno del Héroe; enjambre venenoso, que lo desvaneció con su zumbido, y que ocasionó un eclipse momentáneo, del sol de su propia Gloria;

ya no se me oiría, pronunciar el nombre de Alfaro, sino sentado a la orilla de su tumba, ante el espectáculo de sus huesos dispersados;

ya no se me vería escribir su nombre, sino sobre la losa de su sepulcro, frente a frente con el Destino, oyendo los veredictos lejanos de la Posteridad;

lejos del tropel de las espadas victoriosas, que un día lo circuyeron;

lejos de los clamores que sonaron para él, al pie de las banderas desplegadas;

lejos, en mi soledad;

despertado al rumor de las turbas de caníbales, que de espaldas a la Humanidad, devoraron su cadáver;

lejos del Potentado Criminal que preside aquellas turbas ascosas, posando como un microbio, en los intestinos de aquel pueblo en descomposición;

solo, frente a la Tragedia obsesionante de su Muerte;

solo, al pie de la cruz de su Martirio;

en lugares no contaminados por el paso de los chacales;

oyendo lejos, muy lejos, el aullido despreciable de éstos;

dominando el horror, para escribir la última página de su vida gloriosa;

bajo la mirada ultravital, de sus ojos de Héroe, que ya no pueden pagar las mercedes que se le dan; sus nobles manos, tan puras, limpias de toda traición; limpias de sangre inocente; limpias del oro fatal;

esas manos, que no estreché, sino aquella vez en el destierro, cuando se hallaron con las mías, en el agrio sendero de mi Vida;

mi Vida, hoy como ayer, envuelta en el clamor absoluto de todas las intemperies;

mi Vida, hoy como ayer, hecha a prevalecer sobre las tinieblas del momento;

mi Vida, sobrecogida de espanto y de indignación, ante este río de sangre, que separa brutalmente de la civilización un pueblo entero;

mi Vida, pronta a cantar el último capítulo de una Epopeya, escrita sobre el corazón sangriento de la Muerte.

XVII

Eloy Alfaro, se encaminaba al ocaso de su Poder, cargado de años y de fatigas, tal un sol melancólico, hacia un poniente de púrpuras;

había cumplido los setenta años, este Agamenón de la Democracia, marcado por el Destino, para llevar las naves de la Libertad sobre los mares tumultuosos, llenos del estremecimiento y del esplendor de los trópicos;

de esos setenta años, cincuenta, habían transcurrido para él entre las playas tristes del destierro, y los campos asoladores de la guerra;

sólo, diez años había gobernado su país, en dos períodos; y llegaba al final de su última Presidencia;

ningún fulgor de alba, había ya sobre aquella cabeza, que la Gloria, había besado con tanto amor, y en torno de la cual se aglomeraban todos los crepúsculos, como sobre una cima en la tarde;

esa cabeza, sobre la cual, la Muerte había detenido el vuelo lento de sus alas, como temerosa de destruir tanta grandeza;

un horizonte, implacable y sin mansedumbres, se extendía en torno de aquella existencia de combates;

el apaciguamiento supremo, que precede al beso de las grandes noches, parecía rebelde a venir sobre aquel Grande Hombre, bajo cuyas botas de campaña, estaban siempre dispuestas a brotar las tempestades;

el eco de las tormentas lo seguía con un tumulto ululante;

el hombre de acero, parecía no sentir las borrascas, tanto así estaba habituado a su contacto;

cumplidor estricto de la Constitución, guardián celoso de los principios que había proclamado en el destierro y había grabado en los códigos fundamentales, con la punta de su espada victoriosa, se aprestaba a descender de la alta Ma-

gistratura Nacional, cumpliendo el principio inalienable de la alternabilidad;

para Alfaro, la Ley no era un Mito; la Ley era un Dios;

ese hombre, que no adoraba nada, adoraba la Libertad;

y, la Ley, era a sus ojos, la expresión escrita de la Libertad;

las Ideas, ocupaban tan amplio campo en la mente de Alfaro, que lo ofuscaban, lo cegaban, lo extraviaban, en su alto Imperio brumoso;

¿ir contra un principio liberal?

eso, le era físicamente imposible; sus pies, no habrían sabido moverse, en esa dirección;

¿herir, como su espada un Idea, una sola, de esas ideas liberales, a las cuales había consagrado su Vida?

sus manos, se habrían hecho polvo, antes de intentarlo;

violar la Libertad, era a sus ojos, un crimen mayor que violar su propia madre dormida;

quedar en el Poder, más allá del límite constitucional, le habría sido odioso y terrible, como una traición a su propia Vida;

ese Rubicón de los facciosos, no sabía pasarlo aquel César del Ideal.

Jefe del Partido Liberal, miró a todas partes, buscando con ojos azorados, a quien confiar el precioso depósito;

y, sus ojos y sus manos, fueron torpes, más allá de toda torpeza;

como si hubiese sido herido de ceguedad, sus manos seniles se posaron en una víbora dormida a la sombra de su corazón;

esta vez, como otra vez, la mano de aquel Cristo de la guerra, se puso sobre un pálido Judas de la Infamia;

y, su elección se detuvo, en Emilio Estrada;

elección fatal, de aquel domador de pueblos, que no fué nunca un conocedor de hombres;

si la obscuridad era un título a la grandeza, Emilio Estrada, era un hombre grande;

ningún rayo de Gloria, hacía nimbo sobre aquella cabeza obscura, huérfana de toda aureola, intelectual o bélica, que pudiera denunciarlo, a la atención de sus contemporáneos;

era, como todos los mediocres, un celoso audaz de toda grandeza, y un envidioso tenaz de toda superioridad;

su pequeñez, le servía a la vez, de escudo y de escabel; fué encaramado sobre ella, que pudo hacer sombra a la candidatura popular de Flavio Alfaro, condenada a la derrota, en los designios del viejo doctrinario, por el solo hecho de ser su pariente, muy cercano;

y, Estrada, fué hecho candidato liberal a la Presidencia de la República;

hombre inferior a todo, hasta a su propia ambición, no tuvo grande sino su Ingratitud, y no perdonó a Alfaro su elevación como otros no le perdonaron su hundimiento;

apenas electo Presidente, se apresuró a volverse contra Alfaro, insultándole por haberle dado la Victoria, con el furor implacable de aquel que castiga una Derrota;

este Plaza sin charreteras, Catilina sin palabra, astuto y sin valor, incapaz de ser efe de partido, se hizo Jefe de facción; antes de deshonrar el Poder, deshonró la conspiración, entrando en ella, como si no quisiese llegar a la celebridad, sino a través de la Ignominia;

incapaz de ser Jefe de ciudadanos, se hizo Jefe de pretorianos; incapaz de entrar en la legalidad, entró en el tumulto, y no sabiendo abrazarse al Honor, se abrazó furiosamente a la Traición;

un grupo de soldados sin honor y sin bandera, mercenarios envilecidos, de esos que en el Ecuador parecen haber hecho pacto con la Traición, como si hubiesen jurado al pie de la estatua de la Venalidad, no salir nunca de ella, se vendió al oro miserable, y doce días antes de dejar Alfaro el Poder, se lo arrebató, en un motín siniestro, que preludiaba ya, las asonadas de Enero;

los genízaros ebrios, arrastraron por el suelo la Constitución, antes de arrastrar al Glorioso Fundador de ella.

Alfaro, escapado al puñal de los conjurados, se refugió en la Legación de Chile;

la sedición vencedora, no pudo dar a su crimen, las proporciones desmesuradas que luego diérale;

el oro de Emilio Estrada, repartido en profusión no pudo obtener entonces, la sangre del Gran Ecuatoriano, cuya sombra entristecida, llena con los prestigios de su Gloria. los días presentes y los horizontes indecisos, de los días por nacer;

y, Alfaro, que había redimido el Ecuador, abandonó el Ecuador, pobre, miserable, y vencido;

se refugió en Panamá;

la soledad, y la penuria, lo rodearon como dos mares inclementes...

su honrada pobreza, era tan grande, que a pocos días de llegar al Istmo, se vió a un miembro de su familia, acudir con las joyas de ésta, a un Monte de Piedad, para pagar los gastos de Hotel de aquel proscripto, que no se atrevía como Belisario a tender la mano a los pasantes;

¿dónde encontrar en nuestras democracias, un ejemplo de igual integridad?;

¿no vemos los proscriptos de su propio crimen, ostentar la insolencia de sus riquezas, ante la pobreza gloriosa de aquel proscripto de su propia virtud, delante del cual parecía faltar la tierra, y el desamparo extender su dominio de dolor?

Porfirio Díaz, **Tirano**, millonario en Europa.

Coccobolo, **Tirano**, millonario en Europa;

Cipriano Castro, **Tirano**, millonario en Europa;

y, Alfaro **Libertador**, casi mendigo, en una playa del Pacífico...

ellos, habían violado la Libertad.

Alfaro, la había fundado;

ellos habían oprimido a un pueblo.

Alfaro, lo había libertado;

ellos habían desgarrado su Patria.

Alfaro, había honrado la suya;

ellos, habían retirado de las arcas nacionales, sus manos manchadas de sangre, y llenas de oro.

Alfaro, tenía las manos puras; sus manos ya temblorosas de ancianidad, y necesitadas de un socorro;

y, este espectáculo tan sublimemente heroico, no conmovió ni a los hombres ni a los pueblos;

éstos, no merecen sino los amos que tienen;

pueblos, que devoran a sus libertadores, ¿qué otra suerte pueden merecer, que ser devorados por sus opresores?

tan viles son, que devorarlos, es honrarlos, y oprimirlos, es deshonrar el metal de la cadena.

XVIII

Emilio Estrada, murió a pocos meses de llegado al Poder, no habiendo tenido el tiempo de deshonrar, usándola, su prodigiosa Imbecilidad;

fué inútil, tan inútil, como su crimen;

el Destino, no había dejado a este pobre hombre, ni siquiera el triste privilegio de ser fatal;

los pretorianos del once de Agosto, que habían hecho de la Traición una Institución, una Orden Militar, fundada por ellos, para deshonra de las armas proclamaron sobre sus lanzas bárbaras, y sobre sus escudos mercenarios, un nuevo Amo...: **Carlos Freile Zaldúmbide;**

¡paso al Monstruo Asesino!

dejad ascender al Capitolio, la burra de oro convertida en tigre; ¿no veis, cómo le crecen garras bajo las pezuñas?;

su enorme asnalidad, se hace trágica, como si el Leviatán, ebrio de sangre, se hubiese encarnado, bajo la piel de aquel jumento enfurecido;

dadme una virtud, una sola, para adornar con ella, el alma de este hombre, y yo lo absuelvo;

¿por qué su absoluta acefalía mental, no avanza un grado más, y lo hace completamente idiota? eso, lo salvaría;

en esa zona neutra, de bestialidad indecisa, comprendida todavía dentro de los límites de la razón, aunque sea ésta una razón embrionaria y confusa, la Historia lo halla temblando y ensangrentado, al pie de su Crimen, miserable como Claudio, pero todavía más imbécil que aquél, sin un solo resplandor de inteligencia, en el horror de su pavorosa animalidad;

este hombre, está por debajo de todas las pasiones que lo dominan, y es inferior a todos sus instintos, hasta al del Miedo, que lo hizo criminal;

es tan insondablemente pequeño, y repulsivo, que al asirlo con su crimen, se siente la impresión, de aprisionar un insecto baboso entre las manos;

jesuíta gelatinoso y corrompido, pasa por la Historia, presidiendo una banda de asesinos, de los cuales, no es al fin, sino un abominable maniquí;

produce la impresión, de una soga, de un cuchillo, de un instrumento de tortura y de Muerte;

pertenece, a la especie ínfima de los déspotas; a la de aquellos, que son incapaces de dirigir los acontecimientos, y no hacen sino sufrirlos;

toca a las cimas del Crimen, sin adquirir su trágica grandeza;

permanece pequeño en aquella intemperie, como una culebra dormida sobre una cima desnuda;

repugnante de horror;

alma de sacerdote y de verdugo, ejerce la primacía del asesinato, y cometiendo el crimen más grande de la Historia, no logra sin embargo, salir de su deplorable pequeñez;

un aspid puede matar a un león, mordiéndolo en los talones, pero no por eso, se hace gigantesco;

permanece pequeño, invisible, casi borrado por la sombra del león muerto;

hay momentos en la Historia, en que el Crimen, desciende tanto, que se podría declarar su reino de acefalía;

entonces, surge algo, como un vapor inconsistente brotado del seno obscuro de la Nada; la tiniebla se condensa, y un fantasma enloquecido, aparece, actuando en el fondo de los acontecimientos;

tal fué, ese momento histórico, en que, tras de la muerte misteriosa de Emilio Estrada, surgió Carlos Freile Zaldúmbide al Poder;

la dinastía del idiotismo no fué interrumpido, y en esa orfandad de la púrpura, este microcéfalo atroz, se envolvió en su lepra pútrida, como en un manto rojo de victoria;

el historiador vacila, en aplastar este gusano miserable, sobre la propia lepra de su crimen;

¿cómo, puede ser espantoso, algo asi tan ruin, desprovisto de toda forma visible y tangible, que no sea la de su animalidad?

¿cómo, este átomo, puede ponerse un momento, entre la tierra y el sol, para llenar con su sombra, la superficie de un pueblo?

¿valor? este hombre, se llama el Miedo;

¿talento? este hombre, se llama Idiotía;

¿virtud? este hombre, se llama el Crimen;

¿cómo, entonces pudo reinar?

¿cómo, pudo ser tan extraña, tan enorme, tan ruidosamente fatal?

preguntádselo al Destino;

él, no os dirá su secreto;

ese secreto, que consiste, en romper un mundo, bajo el peso de una larva;

hay hombres microbios; Carlos Freile Zaldúmbide, es uno de ellos;

¿conocéis algo más terrible que el reinado del Microbio?

él, es el padre de la Epidemia y de la Muerte;

el reinado de la Desolación;

y, Freile, fué eso... el bacilo del Asesinato;

y, todo lo asoló;

los acontecimientos, le dieron el imperio efímero de un día;

y, él, hizo de ese imperio fugitivo, algo estable y definitivo, como una región maldita; hizo una Efemérides de Oprobio;

el Microbio, tuvo el poder de desatar un diluvio de sangre, y se hizo rojo bajo él;

¿cómo, pueden encarnarse así, en un solo ser, lo horrible y lo despreciable, de manera que el horror del Crimen, no alcance a matar el desprecio que inspira el criminal?

el poder fugitivo, de Freile Zaldúmbide, fué el estercolero de una hora; en él depusieron su fiemo, todos los pájaros del Espanto, de la estrucción, y de la Muerte,

la sangre, cubrió el estercolero, y las larvas perecieron ahogadas por la sangre que hicieron verter.

Alfaro, ¿he de repetirlo? fué incompleto como político, porque le faltaba la gran ciencia en el manejo de un Estado... el conocimiento de los hombres;

a ese respecto, podría decirse, que toda su ciencia, consistió en errar;

no acertó jamás;

fué un forjador de cuchillos, contra su propio corazón;

él, hizo a Plaza;

él, hizo a Estrada;

él, hizo a Freile Zaldúmbide;

con la misma mano generosa y torpe, con que recogió a Plaza mendigo en las calles de Bahía, y sacó de detrás de

un mostrador de Guayaquil, a Emilio Estrada. extrajo de los yermos de un páramo, cercano a Quito, a Carlos Zaldúmbide;

a todos tres, les dió el Poder;

y, todos tres, le fueron fatales...

cretino ensimismado y agreste, bellota de las tierras áridas que circundaban la Capital, Freile Zaldúmbide, era una flor preciada, de esas indiadas agrícolas y comerciales, que forman las altas clases de nuestras democracias superandinas;

allí, lo encontró Alfaro; lo sacó de su agro solitario, y creyendo hacer un robo a la Compañía de Jesús, lo incrustó en las filas liberales, en las cuales entró sumiso, abyecto, ceremonioso, siempre reverente, siempre inclinado, siempre genuflexo, poniéndose la mano sobre el pecho, para hacer con cariño, el escapulario que cubría su corazón cobarde de Traidor.

Alfaro, lo hizo todo. Diputado, Senador, Ministro, y por último Vicepresidente de la República;

lo hizo todo, pero no pudo hacerlo hombre de honor;

eso, se nace;

durante el último período presidencial de Alfaro, Freile fué Vicepresidente perpetuo de la República, y muchas veces, Encargado del Poder Ejecutivo;

fué como Vicepresidente de Alfaro, que encabezó contra éste, el motín pretoriano del 11 de Agosto, para arrebatarle el Poder;

y, fué como Presidente de un Congreso, que ya no existía, y sin otro título, que el de Ministro de Hacienda, que usurpó el Poder, a la muerte de Emilio Estrada;

el Traidor, se hizo Usurpador;

y, añadió un nuevo crimen, a esa constelación de crímenes, que es su vida;

el General Montero, se alzó en Guayaquil, en su calidad de Ministro de Guerra, contra la Usurpación del Ministro de Hacienda que no tenía otros títulos, que el favor de los clericales en acecho, y las bendiciones apostólicas, del señor González Suárez. Arzobispo recalcitrante, y alma verdadera de esta intentona de reacción;

y, la guerra civil, estalló entonces sobre aquel campamento de traidores.

XIX

Alfaro, yacía vencido y proscripto en Panamá, a la orilla del Mar, que retrataba en sus olas, su cabeza septuagenaria, a la cual hacían un halo, los pájaros migratorios del Ensueño;

como Mario en las paludes de Minturnes, Alfaro dialogaba con el mar, como con la única grandeza gemela de su Gloria;

el Gran Vencido, no esperaba tal vez sino morir;

morir, sobre las ruinas de su propia Obra;

triste morir;

pero, he ahí, que un día la voz de la Patria llega a él, clamorosa, imploradora, angustiosa;

la Patria, llama a su Héroe;

el Héroe, pone oído atento;

oye el clamor de la Patria; y su alma que no envejece, siente los furores de antaño;

y, el Héroe, se prepara a partir;

¿a combatir?

no;

a pacificar:

va a interponerse entre los partidos contendores, y a extender sus brazos misericordiosos, frente a las facciones en delirio;

¡inusitado ejemplo de heroísmo, del vielo león andino, frente al cobarde espectáculo de estas hienas pávidas, que deshonran el destierro en las playas europeas!

cae Porfirio Díaz, la puma prófuga;

se alzan sus amigos para vengarlo;

triunfan, sobre el cadáver de Madero;

y, llaman al viejo Dictador;

la fiera acobardada, se niega a partir;

incapaz de abandonar el confort parisiense, abandona mi-

serablemente a sus partidarios, temeroso de sufrir la misma suerte que él reservó a los treinta y dos mil mexicanos, asesinados por su orden, en los cadalsos, en las prisiones, y en los caminos, durante su ignominioso predominio;

cae Cipriano Castro;

un día, sus amigos, instigados por él, se alzan en guerra y lo llaman;

y, ¿él?

se oculta en los alrededores de Dresde, haciendo anunciar un desembarco, que no se realizó jamás;

el miedo lo inmovilizó;

la sombra de Antonio Paredes, y las de sus diez y siete compañeros asesinados por su orden, en las soledades del Orinoco, extendían hacía él sus brazos vengadores, y el espectro de los muertos, heló de espanto a aquel espectro de Tirano;

y, sus amigos perecieron, sin ver de nuevo el caballo de batalla, en el cual, pasaba jinete, el fantasma de Atila, convertido por el Miedo, en el espectro de un mono;

¡cómo crece, frente a la cobarde pequeñez de estos héroes del botín, de estos exactores de pueblos, el coraje indomable y el empuje bélico de aquel Libertador septuagenario, de aquel Héroe auténtico, creador de nacionalidades y de pueblos, al cual falta en Panamá, el dinero preciso para embarcarse para su Patria, a ofrendarle el último de todos sus sacrificios: el de su Vida!

Alfaro era, como todas las grandes almas, rebelde a la voluptuosidad de la quietud, a la calma, en las aguas estancadas de la inercia;

el amor de la Gloria, estaba vivo y palpitante en aquel corazón, en el cual la vejez, carecía del poder de reducir a vestigios, ninguna cuerda noble, en las cuales las dianas de los combates, continuaban en sonar violentamente;

y, la voz de la Gloria lo llamaba, por boca de la Patria ensangrentada, por boca de la Libertad amenazada;

¿cómo resistir a la llamada de la Libertad, él, que había recorrido el áspero sendero de su Vida, guiado por el canto de esa Sirena, oculta en un bosque de laureles?

el terrible poder de lo heroico, fascinante y envolvente, con la fascinación y la atracción de una llama, rodeó su corazón;

escuchó absorto, beato, ensimismado, toda la belleza y toda la grandeza de aquel grito que venía de lejos, con la melodía reminiscente, escapada de los parajes ya remotos de su primera juventud;

ante el grito omnipresente de la Libertad, que lo llamaba, el Gran Anciano se alzó rígido y airado, sacudió su magna cabeza, entre cuyas canas lucían laureles inmortales, como una llama de oro ceñida a las sienes veneradas;

hubo en sus ojos, el enérgico brillar de los días heróicos, y las manos buscaron en el cinto la espada libertadora, aquella espada, que sólo el Destino brutal, podría romper, después de haber temblado ante ella.

XX

Y, Alfaro, partió;

desembarcado en Guayaquil; su grito, no fué un grito de guerra, fué un grito de paz;

el fundador de la segunda República, llamó a la República a la concordia;

el fundador del Partido Liberal, llamó al Partido Liberal a la fraternidad;

el viejo Libertador, habló a los pueblos de la Libertad;

en ese vasto cementerio de almas, donde el Honor se había refugiado en un puñado de valientes, que de las costas pensaban avanzar hacia Quito, y abatir el torreón del Despotismo, desnudo de toda gloria, que los jesuítas acariciaban ya, con la mano apostólica del Arzobispo González. pronta a convertirse en una garra sangrienta, Alfaro apareció, como un anuncio de Paz y de Esperanza;

al desembarco del Héroe, los buitres taciturnos de la Traición Clerical, temblaron en los picachos de la lejana serranía, y miraron con espanto hacia el Mar, de donde avanzaba aquella gran figura, pacífica y augusta, aquel Grande Hombre, que en la vaguedad del horizonte, adquiría la talla de una montaña que marchase; las montañas nómades de Shakespeare;

una selva de Gloria que avanzase;

el silencio nocturno de las cimas, sintió el grito del mar, que clamaba contra ellas;

y, el Pichincha calló;

había una voz, que dominaba su rugido;

la voz del héroe que volvía;

su gran grito de Paz;

y, ya no se vió sino a Alfaro, alzando sus brazos misericordiosos entre el Mar y la Montaña;

inútil gesto;

inútil voz;

el delirio de los hombres, fué rebelde contra ellos;

la voz del cañón, lo dominaba todo; de ella era la hora trágica;

¿qué podía hacer entonces, la voz del Apóstol, que venía a predicar la Paz?

enmudecer;

¿y, el brazo?

el brazo heroico, entrar en la contienda;

el duelo continuo, encarnizado y tenaz, entre la Usurpación Clerical de Freile Zaldúmbide, Ministro de Hacienda, proclamado Presidente por los pretorianos traidores del 11 de agosto, la clericanalla belicosa, y las hordas monacales de Quito, y el ejército fiel, que a las órdenes del Ministro de Guerra, General Pedro Montero, proclamado Jefe Supremo del País, defendía la Legalidad, y las conquistas del partido liberal, amenazadas por aquella Usurpación;

El Gobierno apócrifo de Quito, era la Reacción Conservadora;

el Gobierno Provisorio de Guayaquil, era la Tradición Liberal;

sobre el pantano fétido del uno, la sombra violácea del Arzobispo de Quito, reflejaba su silueta, odiosa y tenaz, con el aspecto de un buitre, que el pálido sol de la Muerte proyectaba en un horizonte de desolación;

a la orilla del mar, claro y libre, lleno de divinas azulidades, la bandera de la Libertad ondeaba a los cuatro vientos del horizonte, y la figura prócera de Alfaro, parecía proyectarse sobre las aguas mansas, en una enorme prolongación de auroras;

la Reacción, traidora y clerical de Quito, tenía un Jefe militar, que la sintetizaba a maravilla: Leónidas Plaza;

los pretorianos insurrectos, lo nombraron Jefe Supremo del Ejército;

se trataba de una Traición, ¿cómo no había de contar ésta, con la lanza de Pentesilea, la amazona libidinosa de todas las traiciones?

las huestes liberales, tenían un Jefe; su viejo Jefe histórico, el segundo Libertador de la República: **Eloy Alfaro;**

en torno de esa figura tradicional, un horizonte de bata-

llas hacía fulgores de mar ecuatorial, bajo una feria de estrellas.

Alfaro, a los setenta años, se aprestaba a combatir como a los veinte;

inmóvil, bajo los pórticos del heroísmo, sin temer a la Muerte, que subía lentamente en él como una grande alba de mansedumbre, única que había de pacificarlo;

sereno, en aquel último duelo por defender la Libertad, que había sido el Idolo de su Vida, el viejo cóndor andino, parecía dormido en las alas de la tormenta, como un albatros en el Seno de las tempestades; tenía el hábito del peligro, como los viejos marinos, tienen el amor y el encanto de las cóleras del Mar.

XXI

Sería cobarde y cruel, culpar a ciertos grandes muertos, que en un momento de vértigo, abandonaron la Libertad y supieron después morir por defenderla;

de la boca infalible de la Historia, saldrá el veredicto de absolución, para esas nobles almas, que cegadas por un miraje engañoso, se apartaron del viejo luchador, y fueron a combatir contra él, en cuyas manos flotaba la bandera liberal, a cuya sombra habían vivido lidiando bajo el alma estremecida de todos los aquilones;

cerremos los ojos sobre este vértigo, que extravía el vuelo de las águilas, en la hora de la tempestad;

y, no estemos atentos, sino a la figura inmensa del Héroe, desgarrando su corazón, sobre la pendiente obscura del Abismo;

así, a la aparición de Julio Andrade (1), en los ejércitos de la Reacción Usurpadora, en esa hora misteriosa de todas las complicaciones, que en el fondo era la hora de todas las complicidades;

¿cómo, aquella alma serena y pura, hecha de Ecuanimidad y de Hidalguía, aquella espada limpia de toda mancilla pudo ponerse al servicio de aquel Aerópago de traidores reunidos en el obscuro callejón del Miedo, para asesinar a mansalva la Libertad?

¡inexplicable desvanecimiento de las almas, en aquellas horas sombrías, en que todo es juguete de ese viento que sopla de lo desconocido, y derrumba por igual, los Imperios y los Hombres!...

la fuerza de impulsión de la Fatalidad, se sufre, no se discute.

---

(1) *Asesinado pocos días después en Quito, por orden de Leónidas Plaza.*

Julio Andrade, venía como segundo, en el Ejército, que Plaza mandaba como primero...;

tamaña abnegación, desconcierta y ofusca;

en ciertas vertientes huracanadas de la Historia, hay que cerrar los ojos, como al paso de los más altos ventisqueros, sobre las cimas de los Andes.

Leónidas Plaza, era el Miedo.

Julio Andrade, era el Valor.

Leónidas Plaza, se llama Felonía;

Julio Andrade, se llamaba Hidalguía;

en Julio Andrade, había algo de Bayardo y de Hoche;

en Plaza, hay toda el alma de Boves, sin el valor guerrero del fatídico insular;

en Andrade, había la contextura de un Héroe;

en Plaza, no hay sino la osatura de una liebre.

Andrade, era el Caballero.

Plaza, es el Asesino;

¿cómo el aguilucho orgulloso y caudal, pudo plegar el vuelo bajo las alas de la avutarda asustada, que descendía lentamente de los campanarios de Quito?

dejad, otra vez, a los acontecimientos, romper con su peso el destino de los hombres, antes de romper su Vida;

no inquiráis el secreto de las tempestades;

es inasible, como el viento que las forma y las empuja;

si estaba escrito, que la Victoria había de ser del Crimen; ¿por qué era necesario, que un hombre tan noble como Julio Andrade, viniera a hacer efectivo ese decreto de la Victoria?

y, Julio Andrade, bajó desde Quito, para firmarlo en Huigra, donde despedazó las huestes liberales, que combatían a las órdenes de Montero;

al Liberalismo, le fué ahorrada la vergüenza de ser vencido por Plaza;

¡bendigamos al Destino!

Plaza, enfermo de Miedo, quedó en Riobamba;

no avanzó sino al día siguiente, con la impedimenta y las ambulancias, para recibir la Victoria de manos de su segundo;

no era aún, la hora del asesinato, ¿qué haría Plaza en la hora del combate?

no era la hora de matar; era la hora de lidiar, y acaso de morir;

no era la hora de Plaza;

he ahí, por qué el General en Jefe faltó a la lista en la batalla de Huigra;

el "león de Bulubulo", como llamaban a Montero, no tenía tal vez, más virtud militar que la del valor, llevado hasta el prodigio, y acaso por eso fué vencido en Huigra, por la Táctica.

Montero era el Jefe tropical, atrevido y primitivo, sin otra ciencia que la del ímpetu; ir ciego a la Muerte, era toda su táctica; táctica de leones.

Andrade, era el Jefe científico; educado en Europa y lleno de ciencia militar; su táctica, era vencer; ¿cómo? por la Táctica; ciencia de hombres.

Montero, se replegó sobre Guayaquil, esperando dar allí la batalla decisiva, a las órdenes de Alfaro, proclamado General en Jefe del Ejército Liberal y cuyo genio militar superaba las más hábiles tácticas.

Flavio Alfaro, presentó la batalla de Yaguachí; y puesto fuera de combate, por una herida, fué vencido por Andrade.

Plaza no llegó sino en la noche, para hacer saquear la población;

¿no habéis leído, que en Africa, los chacales siguen a los leones, para devorar los restos de las víctimas que éstos dejan en pos de sí?

así Plaza;

con esta segunda victoria, Julio Andrade firmó por segunda vez su Sentencia de Muerte, y avanzó sobre Guayaquil;

allí, no hubo batalla;

la ciudad se rindió sin combatir, en virtud de una Capitulación, entre los jefes liberales que defendían la plaza, y el General en Jefe de las fuerzas gubernamentales de Quito: Leónidas Plaza;

del cumplimiento de esa capitulación, salieron garantes los Cónsules de Inglaterra, y los Estados Unidos;

en virtud de esa **Capitulación**, Plaza y sus mesnadas capitolinas, entraron a Guayaquil sin un tiro;

en virtud de esa **Capitulación**, el General Montero, disol-

vió sus fuerzas, licenció su Ejército, y se entregó confiado al astuto vencedor, que ya organizaba su pérdida;

en virtud de esa Capitulación, Eloy Alfaro y sus Generales debían abandonar el país en un buque surto en la bahía;

y, se proponían hacerlo, cuando una cosa insólita tuvo lugar.

el Gobierno de Quito, no aceptó la Capitulación, y el General Leónidas Plaza ordenó la prisión de los vencidos, que confiados en su honor, se aprestaban a partir;

y, este hombre, llamado a deshonrarlo todo en la Historia, todo, hasta el gesto de Pilatos, empezó a lavarse las manos, con telegramas de coartada y de alibi; esas manos asquerosas, dadas a todas las prostituciones; esas manos que, como las de su congénere Lady Macbeth, sudan sangre, sangre, sangre, tanta sangre, que no se secará nunca, que no se agotará jamás, que terminará por ahogarlo a él; y que caerá gota a gota, sobre la frente de esos seres desventurados, a los cuales ha condenado a la vergüenza de llevar su nombre.

XXII

Capitulación y no Esponsión, fué la de Guayaquil, mal que pese a los sofistas leprosos del Doctor Carlos R. Tobar, Ministro de Relaciones Exteriores del Sindicato de Sangre, que ejercía el Poder; canonista cínico, casuísta asalariado del Crimen, encargado de defender con su retórica delicuescente, y su prosa arcaica y rural, el gran delito, del cual fué cobarde Inspirador;

en una Esponsión, los ejércitos no se disuelven, las armas, no se entregan, los beligerantes, conservan sus posiciones;

¿sucedió, eso en Guayaquil?...

pero, ¿a qué hacer el honor de discutir esta teoría absurda, de aquel sofista deletéreo, la más repugnante figura en ese Zodíaco de Asesinos, porque solo él, no era un acéfalo, como Carlos Freile Zaldúmbide, como Octavio Díaz, como Juan Francisco Navarro, a los cuales amamantó para el Crimen, lactándolos con los sofismas de sangre de su verbo paupérrimo, de cura de aldea enloquecido y fatal?...

suprimid ese asesino togado, de los consejos del Ejecutivo Criminal; y el Gran Crimen no habría tenido lugar;

fué Carlos R. Tobar, quien metió en el cerebro obtuso de Freile Zaldúmbide, y de los analfabetos enfurecidos que lo rodeaban, la idea de rechazar la Capitulación;

fué Carlos R. Tobar, el primer rebelde contra le honor, el primero en esbozar esa idea cobarde, y en sugerirla a Zaldúmbide, a Díaz, a Navarro, a esas ratas rabiosas, que él capitaneaba y sugestionaba a su antojo;

fué, ese Sumo Sacerdote de la Fe-Púnica, el opositor encarnizado al cumplimiento de esa Capitulación;

fué él, quien se encargó de defender, y defendió, la violación de un Tratado, con todas sus argucias de tinterillo de aldea, y su mala Fe Pública de rábula internacional;

él era la Pitonisa miserable, de aquellos conjurados con-

tra la Gloria. la única inspiración de Zaldúmbide, de Díaz, de Navarro, que no tenían otro oráculo, que los dictados de aquel viejo Zahorí, que no escapaba del ridículo, sino para entrar ruidosamente en la Infamia;

él fué el organizador técnico de los asesinatos de Quito;

él, había dicho en Barcelona, a un diplomático amigo mío: "el Ecuador no será feliz, sino el día en que hayamos quemado hasta el último de los Alfaros, hay que quemar hasta la tercera generación, y si alguno se sale de la hoguera, hay que empujarlo de nuevo a ella";

cuando este diplomático, leyó en Wáshington, la narración del asesinato de los Alfaro, vió la mano de Tobar proyectada sobre la hoguera.

Carlos R. Tobar, fué el alma de ese asesinato;

sin Tobar en el Poder, el Crimen no habría tenido lugar, y los Alfaro, vivirían;

hombre sin elocuencia, no puede ser comparado a Dantón;

hombre sin virtud, no puede ser comparado a Robespierre;

hombre sin valor, no puede ser comparable a Marat;

¿a quién comparar este fraile loco, escapado de los calabozos del Santo Oficio?

es la cabeza del asesinato, y sin embargo, éste no llevará su nombre en la Historia;

tan pequeño es, que el crimen mismo, se avergüenza de ser su hijo;

no lo quiere, no lo reconoce en público como padre;

prefiere pasar, por ser un expósito de la plebe, por llamarse: **Los Asesinatos de Enero;**

protesta, el mes brumoso y sombrío; protesta acongojado;

tiembla el calendario inocente, bajo esta lluvia de sangre;

lloran sus hojas frágiles; lloran sobre el crimen que se les imputa;

¿por qué atribuir al Tiempo, el crimen de los hombres?

la idea de violar la **Capitulación,** nació en la cabeza de Tobar; cabeza flamante de odios, pavorosa de tinieblas, clamorosa de bajas pasiones, cabeza de jesuíta y de verdugo, vertiginosa en una cerebroordalia de sofismas, fumosos y cobardes;

él sugirió el rechazo de las capitulaciones; y él lo impuso;

violar la fe de un Tratado; he ahí la **Doctrina Tobar;**
¿no lo oís ergotear con el Ministro Inglés, defendiendo su tesis?
era llegada según él, la hora de descabezar al Partido Liberal; de **limpiar** el Escalafón por la cabeza"; como le hizo decir a Navarro, en un telegrama suyo;
el viejo plutócrata y cruel, el cantor y el amigo de García Moreno, no podía perder esta ocasión y no la perdió;
confabulando con Leónidas Plaza, desde su llegada de Europa, y habiéndolo impuesto al nuevo Gobierno, como la espada necesaria a la situación, era el pensamiento de Plaza en el Poder, y pensaba hacerlo el instrumento cobarde de su próxima elevación;
por eso, los dos forjaron esa comedia vil, de la cual, las indiadas de Quito, hicieron luego una tragedia horrible;
la teoría de Tobar, puesta al servicio de la ambición de Plaza, triunfó, y la Capitulación de Guayaquil fué desconocida por el Gobierno, sin que el general en Jefe, que la había firmado, rompiera su espada, o la desnudara para defender su honor, hecho polvo, por el Gobierno al cual servía;
pero él sabía bien, que ese Gobierno, sería un instrumento pasivo suyo, y que era para engrandecerlo que se violaba ese Tratado;
esa violación, ponía sus enemigos desarmados, entre sus manos;
él, se encargaría de eliminarlos;
el Asesinato, le abriría el camino de la Victoria;
y, fingiendo ser el instrumento, se hizo el alma del complot.

XXIII

ELOY ALFARO y los demás Generales, protegidos por la fe de un Tratado, fueron reducidos a prisión, en el momento mismo que se aprestaban a partir;

y. la orgía de sangre comenzó;

el General Montero, firmante del Tratado, inició la serie de las víctimas:

arrastrado ante un Consejo de Guerra, formado de asesinos, ya aleccionados por Plaza, se oyó condenar a diez y seis años de presidio, entre los gritos, los insultos, las vociferaciones de los soldados que debían protegerlo, y de las chusmas venidas de Quito, entre las cuales, las hienas del Marañón, disfrazadas de hombres, llenaban con sus aullidos el recinto estremecido.

Montero, yacía allí, anonadado, vencido, bajo el peso de una sentencia inicua, dictada contra él por aquellos mismos que le habían hecho entregar su espada, bajo la fe de una Capitulación;

durante ese largo proceso de horas, el Jefe Supremo, había sido sometido a las peores humillaciones, por las turbas ascosas, que lo rodeaban;

se le había insultado, se le había abofeteado, se le había escupido en el rostro, sin que uno solo de los sicarios que le hacían escolta, hubiese tendido su pica ensangrentada, para defenderlo;

he ahí, que un oficial del Marañón, de ese serrallo de fieras, tan tristemente célebre, avanza hacia el vencido:

tal vez va a salvarlo;

tal vez va a librarlo de los insultos de la plebe;

tal vez va a enjugar el sudor, y la sangre de aquel rostro ultrajado;

tal vez va a imponer respeto a sus soldados; el respeto que se debe a los vencidos;

el Oficial avanza;
desnuda su revólver:
y, apunta...;
¿hacia quién?;
¿hacia la chusma profanadora, para hacerla retroceder?;
no: avanza recto hacia Montero, hacia el vencido, y poniéndole el cañón de su revólver en las sienes, dispara;
y, Montero cae;
y, cae muerto, por aquellos mismos encargados de protegerlo;
, el resto de los soldados del Marañón, y los de la Artillería, disfrazados de paisanos, y las turbas clericales venidas ex profeso de Quito, principian la espantosa escena;
¿no eran esos pretorianos traidores, los mismos del Once de Agosto?
¿quién puede decir el espacio que separa un traidor de un asesino?
¿no son ambas las dos formas más odiosas de la cobardía?;
el cadáver del Jefe Supremo, no inspiró a las turbas regresivas, el respeto que a todo ser civilizado inspira un muerto; ese respeto, que nos hace inclinar, en silenciosa reverencia de adiós, ante aquellos que parten para siempre;
caído Montero, el resto de los pretorianos, se encargó de ultimarlo a culatazos, a silletazos, a puntapiés;
¿dónde están los jueces para protegerlo?;
actúan de verdugos;
y, ¿el General en Jefe?;
¿dónde está el General en Jefe, que venga a proteger el prisionero, cuya libertad garantizó en una Capitulación?
¿dónde?
se ha alejado después de la Sentencia, para dar instrucciones, y enviar al Oficial asesino, y para dar lugar a sus soldados, a cumplir la segunda parte de esa sentencia, aquella que el Consejo de Guerra no tuvo el valor de dictar, y que Plaza dió como consigna a sus soldados: la muerte de Montero.
Montero, había dicho, "si Plaza quiere ser candidato, yo quemaré contra él hasta el úlimo cartucho";
el último cartucho, acababa de metérselo Plaza en el ce-

rebro, por mano de uno de sus sicarios enviado por él especialmente para eso;

así, como no había habido protección para el vencido, no la hubo para el muerto;

su cadáver, fué arrojado por un balcón a la calle, donde la soldadesca ebria, que era toda la multitud, lo recibe con nuevos ultrajes:

allí es desnudado, pillado, descuartizado, profanado; se le arrancan los anillos con los dedos; se le corta la cabeza, los brazos, los testículos;

un soldado, hace entrega de esos últimos, a Plaza, que los manda colocar entre alcohol, colérico de ese homenaje, por el cual la Venganza coloca entre sus manos, aquello que la Naturaleza le ha negado;

su cuñado, el Mayor Juan Manuel Lazo, lleva la cabeza de Montero como trofeo, y la hace embalsamar para remitirla a Quito;

los brazos, fueron llevados por la multitud, como un botín de guerra;

al fin, los caníbales ebrios, atan una cuerda al cadáver y lo arrastran, hasta una plaza cercana para incinerarlo;

¿quién trae el petróleo, para poner fuego a las maderas hacinadas, que han de formar la hoguera?;

el propio cuñado del General Leónidas Plaza, el Mayor Juan Manuel Lazo, aquel lobatón del crimen, que había paseado en triunfo la cabeza de Montero;

frente a la muerte de su adversario, terrible y valeroso, Leónidas Plaza ve abierta apenas una trocha, en el camino de la victoria, y resuelve abrírselo todo;

ya puede decir: **yo soy el Crimen**;

pero aún, no puede decir: **yo soy el Poder**;

y, esa es toda su aspiración.

XXIV

Asesinado Montero, libre ya de ese rival terrible, Plaza se vuelve hacia sus otros enemigos para devorarlos;

pocas horas antes, y ya violando el tratado, que le había entregado la plaza de Guayaquil, había hecho reducir a prisión a Eloy Alfaro, y los Generales, Flavio E. Alfaro, Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y al periodista Luciano Coral, redactor de El Tiempo, terrible y pertinaz adversario de su personalidad cancerosa y ambigua;

toda la prensa liberal iba a ser castigada, en ese diarista batallador que no había querido venderse a las caricias pérfidas de aquella Semíramis (1) en orgasmo.

Medardo Alfaro, refugiado ya en un buque extranjero, presto a partir, fué extraído de allí por orden de Plaza, cumplimentada por su cuñado Juan Manuel Lazo, de tan triste recordación;

así, reduciéndolos a prisión, en momentos de partir;

así, extrayéndolos de los buques extranjeros, prontos a zarpar;

así, cumplía Lenidas Plaza su palabra de honor comprometida en una **capitulación;**

así, protegía la Vida de aquellos que iba a mandar a la Muerte;

así, cumplía su promesa de romper su espada...

así...

hudiéndosela a los vencidos, por la espalda;

aquella noche lúgubre, aquella noche fúnebre, a las dos de la mañana, los generales, traidoramente presos. son llevados al Muelle Fiscal y embarcados en el vapor Colón para

---

(1) *Nombre con que Vargas Vila distinguió a esa hiena pública que es Leónidas Plaza, primer factor de ese horrendo crimen, que la Historia se horroriza al describirlo.*

cruzar el río, y tomar en Durán el ferrocarril que debía conducirlos a la Capital de la República;

les hacen escolta, los asesinos del **Marañón**, ebrios y feroces, que los llenan de burlas, de improperios, y de ultrajes;

manda esa manada de lobos, Alejandro Sierra;

y, aquí, hace su entrada en la Tragedia, este indio fétido y cacotimio, mitad asno, mitad cerdo, parado sobre sus dos patas traseras, sudoroso de ferocidad.

Plaza, le da sus últimas órdenes;

"levarlos a Quito, cueste lo que cueste";

"no detenerse, no volver atrás; aunque el Gobierno se lo ordene";

entregar los prisioneros al pueblo, Y QUE ÉL HAGA JUSTICIA;

esas son las últimas palabras de Plaza, a Sierra;

la Sentencia de Muerte de los prisioneros;

el buque, apaga sus luces y parte...

parte en la noche densa, en cuya profundidad azul, se presagia tristemente la gran rosa del alba;

todo duerme en la ciudad vencida, donde ha callado el aullido de las fieras, y sólo se oye el clamor quejumbroso del mar, sobre el cual van los héroes a la muerte;

pronto están, en el ferrocarril;

en el ferrocarril, construido por el esfuerzo de Alfaro;

en ese ferrocarril, que es obra de Alfaro;

y, en el cual, se embarca ahora a Alfaro prisionero...

la noche huye, la noche vuela, y Guayaquil se despierta atónito, sabiendo la partida de los héroes al sacrificio, sin haber oído el último adiós, de ese grupo homérida al cual sólo podrá ya separar la Muerte;

y, el tren, rueda, rueda, rueda, sobre la gran Tierra, que duerme;

y, las selvas, saludan con un canto de pájaros, a aquel que llevó el progreso a sus entrañas estériles;

saludan al Vencedor de sus tinieblas, hoy vencido, y encadenado a otras tinieblas mayores;

las fieras del **Marañón**, continúan en insultar sus prisioneros, mientras las indiadas del camino, contemplan estupefactas el paso de aquel, que con su grito de guerra las despertó de su marasmo en que dormían, y las llamó a la vida del Progreso, del fondo de la esclavitud en que yacían;

las últimas constelaciones nocturnas, que lo habían escoltado en silencio, le dieron su adiós, en un casto beso de luz;

y, el sol levante, saludó al nuevo Cristo, camino de su Calvario;

y, el triste convoy, avanza hacia las cimas astrales de la Muerte, seguro de su trágico destino;

en tanto, la pantomima telegráfica, ha espantado la noche con su cinismo;

"traed los presos";

"detened los presos";

"avanzad";

"retroceded";

telegramas de Plaza, al Arzobispo Federico Gonzáles Suárez;

telegramas del Arzobispo, a Plaza;

saludo de buitres en acecho; ruin farsa de caníbales místicos.

Freile Zaldúmbide quiere sangre.

Tobar, quiere sangre;

la quiere Octavio Díaz;

la quiere Juan Francisco Navarro;

la necesita Leónidas Plaza;

la implora el Arzobispo González Suárez;

la piden, los domínicos de Quito;

la predica, el cura de Santa Bárbara;

las fieras quieren sangre;

es necesario sangre, mucha sangre.

Plaza, que ha hecho la comedia de resistir, hace ahora la comedia de implorar;

resistencia de hembra estipendiada;

imploración de un verdugo cómico;

¿por qué la Naturaleza falaz, no puso un hombre bajo esas charreteras de General?

ese ser obscuro y felón, que días después, había de desconocer el Gobierno de Freile Zaldúmbide y de arrojarlo a puntapiés del solio presidencial, cuando ya no convenía a sus ambiciones;

ese...

se declara prisionero de la obediencia, a ese Gobierno de

asesinos, que no son en el fondo sino los instrumnetos ciegos y tenebrosos de su venganza de matarife;

el miedo, asalta, por momentos a Fréile Zaldúmbide, abriendo un paréntesis en su crueldad;

pero, ensayando retroceder, se siente por todas partes prisionero de su debilidad;

esa misma mañana, se ha confesado, y ha prometido a su confesor, la cabeza de Eloy Alfaro;

deuda sagrada;

el Idiota tiembla;

vacila...

pero... ¿no está allí Carlos R. Tobar, para alentarlo, para consolarlo, para empujarlo más adentro del Crimen?

él, le dice el terrible dilema, de Lerdo a Juárez: ahora o nunca;

¡ah! pobre léxico humano, cómo sirve lo mismo, para hacer sacrificar a aquel que ha matado una República, y aquel que la ha fundado.

XXV

Entretanto, los presos, llegan a las cercanías de la Capital;

ellos, que debían entrar en la mañana, ¿por qué no entran a ésta, sino a mediodía?;

porque las indiadas católicas, no han llegado aún de los campos vecinos; los curas, no las han enardecido aún bastante, con sus sermones del domingo, y el alcohol no ha hecho aún el efecto de enfurecer la grey, al grado que lo desean sus pastores;

y, los presos, entran en Quito, a plena luz meridiana, ese domingo radioso, en que las muchedumbres huelgan, preparadas para el evento, y la Iglesia Ecuatoriana, se prepara para una de sus más grandes fiestas.

García Moreno, va a ser vengado por ello;

¿en quién?;

en aquel que no conoció nunca la Venganza; en aquel, que no tuvo otro gesto que el de perdonar a los vencidos;

el elemento ambiente, es de ferocidad y de asesinato;

la plebe adoctrinada, por la prensa oficial, y por los curas, espera la llegada de los **masones**, de los **herejes**, para ultimarlos;

un huracán de odio, ciega a aquellos cuerpos sin almas;

en ese ambiente de bestialidad imperante, llegan los presos a la estación;

los ponen, sobre unos automóviles descubiertos;

un silencio, siniestro, precede a esta llegada;

después, el tumulto estalla con sonidos de trueno;

de la estación al Panóptico las tropas protegen los prisioneros;

las turbas, se conforman con vociferar;

están aun desarmadas;

no han recibido aún la orden;

podrían ser disueltas por un pelotón de hombres.

Alejandro Sierra, entrega, sus víctimas al carcelero, y dice en alta voz: "yo he cumplido mi deber, del pueblo no respondo" y luego volviéndose al pueblo, le dice: "cumplid vuestro deber";

y diciendo esto, el indio taimado, vuelve a mirar al pueblo y le indica las puertas de la Cárcel;

y, la chusma lo comprende, y obedece entonces la consigna;

suenan los primeros tiros, y Carlos R. Tobar, dice en la Casa de Gobierno, con voz silbante de serpiente: "ese viejo loco de Alfaro, es capaz de creer, que esas salvas son en su honor, y no sabe **la que le espera"**;

y, se frotaba las manos; esas manos seniles, que se hacían rojas, buscando en la sangre el bastón presidencial;

manos inicuas, torpes manos, que no habían de encontrar, en las hogueras del Egido, sino el bordón del peregrino, cuando saliera perseguido, por aquel que fué el Usufructuario de su Crimen;

desgraciado momento, pavoroso momento en que todas las llagas en putrefación, se abrían en el corazón de las turbas clericales, prontas a cumplir la sentencia de muerte, dictada contra los jefes liberales, por el Arzobispo de Quito, Federico González Suárez, en una reciente Circular Política;

la palabra Piedad, ¿qué sentido tiene, en el léxico de aquel historiógrafo amodorrado y pueril, que encanta y deleita el alma cándida y feroz de sus mesnadas sumisas?;

¿qué hace, sobre aquel corazón sin ternuras, la cruz pectoral, con los brazos abiertos para todas las misericordias?

Federico González Suárez, sabe que la orgía de sangre va a comenzar, porque él, la ha profetizado y la ha ordenado;

y, Federico González, se encierra en su mansión episcopal;

ya saldrá Federico González, cuando sepa, que ni uno solo de los jefes liberales vive, y que Alfaro, el **Gran Alfaro,** que fué la pesadilla de su vida, ha muerto;

perverso mercader de oraciones y de anatemas, con el alma gozosa, y la conciencia pútrida, escucha los gritos de la plebe enfurecida, lleno de un placer neroniano, de una

gran voluptuosidad, que agitaba su alma feroz, desnuda de toda virtud; cenobita miserable de todas las concupiscencias;

en ese tropel de buitres, que a las faldas del Pichincha, devoraron las entrañas del Prometeo Vencido, las alas violáceas y el pico voraz de este buitre, escapado del Santuario, hace más densa la sombra que la de todos los otros, brotados de las entrañas del volcán;

una palabra del pastor, una sola, y el rebaño enfurecido, habría retrocedido... sumisa, apaciguada... tal vez piadosa;

este gerifalte rojo, que oficia de historiador, debía saber algo, de la psicología de las multitudes;

¿lo sabía?

sí;

por eso no salió, en el momento en que podía evitar el crimen;

salió su cuadrilla de monagos, cuando ya no la quedaba sino lamentar el crimen;

¡cobarde hipocresía, que no sirve sino para deshonrar aún más, su gesto de verdugo!

¡sombra del Arzobispo de París, muerto contra un muro, ametrallado, extended vuestra pálida mano, luciente como una estrella de amor, hacia este asesino, violento y violáceo, y enseñadle el sendero recorrido por vuestros pies, cuando pusisteis sobre vuestros hombros de mártir, la cruz que llevábais sobre vuestro pecho de Apóstol, el sendero augusto de la Misericordia, de la Fraternidad, de la Piedad, ese sendero que el bárbaro mitrado quiteño, no ha recorrido nunca, y no recorrerá jamás!;

apartemos con disgusto los ojos, de este Paladín de conmociones, que olfatea la sangre, sobre las losas del Templo, y vuelve la espalda al Cristo, en la hora del Perdón;

dejemos al Fauno Episcopal, mirando los retozos de su plebe, detrás de los cristales de sus ventanas;

la Historia, escribirá un día sobre él, deshonrándolo, como él ha deshonrado ya la Historia, escribiéndola.

/

XXVI

La tragedia, nos llama;

ya, la marea zarrapastrosa, se dirige contra el Panóptico;

los soldados, hacen el simulacro de resistir;

se oyen pocos tiros;

las puertas de la prisión, se abren;

los pretorianos, se fingen vencidos;

¿por quién?

ya lo estaban, por el oro clerical, y la orden de sus amos;

son los mismos pretorianos indígenas, del Once de Agosto;

esa turba armada, se une a la que viene de afuera, y principia la matanza;

el ojo avizor de las fieras, como guiado por un resplandor de Gloria, que saliese a través de la puerta cerrada, se dirige hacia la celda de Eloy Alfaro;

husmean al Héroe, cual si fuesen a cazar al león vencido, por entre el bosque de laureles, que ha sido su Vida;

entran en la celda los galgos de Caín, que no fueron nunca los lebreles de Belona;

aúllan cerca a la presa deseada; remolinean, miedosos y feroces;

el Gran Anciano, surge ante ellos, erecto en toda su talla, como si el Sol de la Inmortalidad lo iluminase ya, en aquel trágico momento, en que va a arrebatarlo de la tierra, envuelto en el cendal de sus rayos luminosos;

los brazos, cruzados sobre el pecho, mira los asesinos, con aquella mirada terrible, que los había hecho temblar tantas veces, y los apostrofa con aquella voz, hecha a marcar en la batalla, los derroteros de la Victoria;

—¿Qué queréis? —les dice:

—Mataros, viejo Eloy —le responde un soldado del Ma-

rañón, y apunta su rifle contra él;

—Cobardes —dice el Héroe;

el traidor dispara;

y, el viejo Libertador, cae atravesado el cráneo por una bala;

el corazón de América, se rompió en pedazos;

el único Héroe auténtico, yace en tierra;

la más alta personalidad, bélica y política, de un Mundo, acaba de caer asesinada por la plebe enfurecida;

lo ultrajan, lo escupen, lo desnudan, le atan una cuerda a los pies, y lo sacan a la calle;

el Exodo de la Muerte, principia en ese horizonte de pavor;

la hora es de las fieras;

Medardo Alfaro, y Manuel Serrano, son ultimados luego;

una mujer chupa la sangre que se escapa, de las heridas de Serrano, y limpia con la lengua, la hoja de la daga, que lo asesinó;

Ulpiano Páez, se defiende, y cae al fin;

a Luciano Coral, le arrancan la lengua, estando vivo, y sus rugidos de dolor llenan el recinto de la prisión;

Flavio Alfaro, es el último;

lidia él solo, un combate contra las turbas;

se defiende como un tigre en un jaral;

y, sucumbe al fin, teniendo delante de él, tres asesinos muertos por sus manos;

la turba, en orgasmo, no es ya una turba, es algo inorgánico, enloquecido, monstruoso, que está fuera de los límites de la humanidad;

sacan los cadáveres, los desnudan, los roban, les atan cuerdas a los pies, y los llevan a la calle;

y, la lúgubre procesión comienza;

el cadáver de Eloy Alfaro, va el primero;

la cabeza venerable, fulge aún con el sol, bajo el oriflama de su cabellera blanca;

pocos pasos más, y la cabeza es cortada en pedazos;

le arrancan los labios;

un bárbaro, le tritura las mandíbulas;

un niño, enarbola en una pica, un pedazo de la quijada, que muestra aún un resto de la barba blanca, inmaculada;

un fraile disfrazado, le corta los testículos;

le arrancan el corazón, y se disputan entre sí;
¿los brazos?
¿dónde están los brazos?
las fieras los llevan como trofeos;
y, el cadáver, rueda, rueda, rueda, arrastrado sobre las piedras;
he ahí, una meretriz que avanza;
—Alto —dice;
y, la comitiva hace alto;
la meretriz, alza la falda inmunda, y se desaltera en lo que queda del cuerpo del Héroe;;
otra, desde un balcón, le premia la hazaña, regalándole una bandera;
las calceteras de París, guardaron más pudor, en su crueldad;
¡mueran los masones!
¡viva la religión!
¡mueran los herejes!
¡viva el Sagrado Corazón de Jesús!
tales eran los gritos de la plebe, en el silencio angustiado, de los cielos y de la tierra;
las beatas, salen al trayecto, con sendas copas de licor, para la plebe; son damas de buen tono;
hombres, de alta sociedad, salen a repartir dinero a los asesinos;
la turba vocifera, hasta enronquecer;
un niño de diez y seis años, viola los cadáveres, y los poluciona, entre las carcajadas de la plebe católica, atacada de lascivia;
así llegan, los cadáveres al Egido;
¿qué queda del cuerpo de Eloy Alfaro?
el tronco sin entrañas;
los otros cadáveres, igualmente mutilados y ultrajados, llegan también;
se hace una pira, y se les arroja en ella;
la Doctrina Tobar, triunfa;
en torno de esa pira, las fieras ebrias, danzan, ríen, bromean, acariciándose con los restos, antes de lanzarlos a la hoguera; catorce horas, dura esa orgía, y nadie viene a oponerse a ella;
¿no hay Gobierno en Quito?

sí lo hay; pero, es el Gobierno, quien ha ordenado ese asesinato;

¿no hay soldados en Quito?

los hay por millares, pero son otros tantos millares de asesinos. paniaguados;

lo que no hay en Quito, a esa hora es hombres;

no hay, sino fieras.

XXVII

Cae la noche...

la lluvia, apaga las hogueras; y los cuerpos quedan a medio calcinar;

¿qué queda de Eloy Alfaro?;

un tronco a medio arder, recogido de aquella hoguera, sobre cuyo emplazamiento, mañana la Libertad le alzará una estatua;

la virtud misteriosa que se escapa de la tumba, de aquel gran Poeta de la Espada, basta para despertar todas las potencias dormidas, en el corazón inerme de la raza;

hay, en ella, tal fuerza de encantamiento, tal sugestión galvanizadora y profunda, que el hipnotismo de la Gloria, posee los corazones, con sólo mirar hacia esa tumba, de donde brota un coro de sonoridades bélicas, en la repercusión dolorosa, de esas soledades perfumadas de un aliento de Inmortalidad;

contener y revelar la Gloria, he ahí la misión del Héroe, cuando es puro; y esa revelación, se escapa de su tumba, cuando ha sido libertado ya, de este vaho de miserias que es la Vida;

la quintaescencia de la Libertad, reside en ese puñado de cenizas, que manos piadosas recogieron de las hogueras del Egido; todo el hálito de la tempestad, que fué esa Vida, duerme en el sudario de ese muerto;

y, se escapa de él, con fuerza bastante para convulsionar un Mundo;

los grandes nombres sobreviven a los grandes pueblos, y ellos llenan con su sonoridad, los ámbitos de la Historia;

el nombre de Eloy Alfaro, es uno de éstos;

nada es tan bello como la Gloria, sino la Virtud;

cuando una vida, las reune en sí, la grandeza de un ser, ha llegado a su plenitud;

de esos seres, hay raros en la Historia;

a Eloy Alfaro, le cupo la ventura, de ser uno de ellos;

ese soplo de Gloria y de Virtud, se escapa de sus huesos calcinados;

¡Grandia, ossa!

las llamas, que se escaparon de esa pira, no están extintas; ellas, servirán para iluminar, la marcha de un pueblo en la Noche;

dos manos heridas, se escapan de esa tumba; la una, sostiene una bandera; la bandera de la Libertad; la otra, marca con su sangre, el rostro de sus asesinos;

el porvenir los reconocerá, por la marca que hizo en sus frentes, el brazo escapado de esa tumba, donde duermen reunidos, el corazón de Cincinato, y el alma de Pericles:

Magna ossa;

las figuras circunstantes de ese martirio, fueron grandes, pero ninguna igualó, ni superó, la de Eloy Alfaro;

la soberana potencia de ese hombre, basta para apagar en torno suyo, el rumor de todos los otros;

el Héroe, victorioso de la Muerte, a causa de la Muerte misma, vencedor en el seno de ella, volatilizado en cenizas, bajo el fuego versicolor, se hizo coloso, silenciosamente, fuera de todo clamor de tempestad;

él, que lo había vencido todo, venció también la Muerte, alzándose del fondo de ella, más vivo, más luminoso, más trascendental, transfigurado ya, y fundido en los lineamientos de la Inmortalidad;

¿qué fuego, extinguirá ese nombre?

no lo hay bastante en las entrañas de la tierra;

fuera de la apoteosis irreverente, que le hicieron sus enemigos, no había otra muerte, ni otra escena, digna por su trágica grandeza, para la desaparición definitiva del Héroe;

el águila, que confundió con la roca, la cabeza de Esquilo, no hizo más honor al genio, soltando sobre ella la tortuga prisionera para matarlo, que el que los asesinos de Quito, hicieron al Heroico Soñador, dándole una muerte digna de sus sueños, un desaparecimiento heroico, capaz de la inaudita potencia, necesaria para hacer aparecer al Destino, rompiendo entre las llamas, aquella espada terrible;

la gran cúpula del cielo, ondeante y móvil, es la única posible, a aquella tumba sin límites, llena del prestigio ultrapotente de un Tabor... de todos los tabores;

ningún Cristo, subió más alto, en la hora de su Transfiguración;

en esa hora divina, en que el Hombre se hace Dios.

XXVIII

El Poema vivido, está cantando;

el canto de la Vida y de la Muerte, de un Poeta de la Acción, expiró allí, en la insolente apoteosis, que un pueblo sin grandeza, tributó al Héroe sin mancilla: incinerándolo;

la ceniza inmortal sube a los cielos, en un miraje fúlgido de Gloria:

sobre los horizontes triunfales, una divina floración se extiende; floración estelar, donde todos los astros del porvenir, brillan para él, con ritmos lentos de incensarios, encargados de perfumar su tumba;

y, el Infinito de la Historia, se enguirnalda, con los follajes de las supremas revanchas;

el Héroe aparece, desproporcionado de grandeza, al lado de sus verdugos, y sorprende ver surgir tan tristemente, las larvas en el fondo del Poema;

tan alto está el Héroe, que espanta la pequeñez de sus verdugos, en derredor de sus cenizas blancas;

la espesa capa de calumnias y de mentiras, que envolvía la Vida del Héroe, se ha desvanecido, en un crepúsculo de oro, que despliega como un velo sutil, sobre su tumba, la Musa de la Historia, con grandes gestos amables, y suaves manos de Amor;

la blasfemia tenaz, ha enmudecido, y el silbido de las serpiente foliculares, rebeldes contra esa gloria, desaparece en las ráfagas, de cólera y de desprecio, que la conciencia universal arroja, sobre el imperio vacilante del Asesino Triunfal;

Plaza reina; pero, Plaza tiembla;

la angustia del Pasado, le hace rechinar los dientes, en el paroxismo del Terror, porque mirando al Porvenir, sabe que el eclipse de la justicia es momentáneo, y que este acreedor implacable, se acerca, se acerca, cautamente, lentamente, pero inexorablemente, y va a estrangularlo, con el cabo de soga, que queda pendiente del árbol desnudo en que expiró Judas;

su Crímen, es su Déspota; y este Tirano inferior, tiembla ante el Tirano interior, que le devora el corazón;

el Miedo insaciable, lo tortura y lo extenúa;

porque él sabe que su Crimen lo matará;

la hora fatal, escrita en los pactos del Destino, llegará;

la hora, que hará temblar a los detractores de la Justicia, que creen, que su Imperio ha pasado, porque ellos osaron insultarla.

Plaza tiembla, ebrio de su sueño interior, y en las músicas del viento, cree oír los grandes alaridos de sus víctimas;

y, las sutiles magias del Recuerdo, le reviven constantemente, los espectáculos que él quisiera ver evaporarse de su memoria;

él, ve flotar en lontananza, el gesto vengador;

él lo ve;

y, tiembla... porque sabe, lo que tiene derecho a esperar, de ese mundo sin pudor que lo rodea, y del cual, él fué el supremo artífice;

la clorosis íntima de su pensamiento, no es tanta que le oculte la visión del futuro, que se extiende ante sus ojos, con vagas palideces de sudario;

aislado en medio de su Crimen, él siente engrandecerse el vacío en torno suyo;

es una hiena, perdida en una estepa;

los liberales lo rechazan, porque sus manos tintas en sangre liberal, manchan el estandarte glorioso, que pretendió incinerar en el Egido, con el cadáver de Eloy Alfaro;

los conservadores, no tienen fe en él, a pesar del sello de sangre, que puso al pacto de esclavitud que lo liga a ellos;

está rodeado de un ejército de traidores, y de un mundo de asesinos;

caerá por ellos, y bajo ellos;

caerá, como Cómmodo, por la imprudencia de algún liberto, o la ingratitud del favorito más amado;

los gloriosos fantasmas del Egido, no se volatilizan; antes bien, se condensan, y toman formas casi invisibles, en el espanto y la tristeza de los lugares, que presenciaron la dispersión de sus cenizas;

y, el pavoroso acéfalo, los ve crecer, y tiembla ante ellos;

él sabe, que tiene cómplices, y ve que no tiene amigos;

y, mira engrandecerse en torno suyo, el monstruoso sacerdocio del puñal, que él estableció e hizo sagrado;

tantas cabezas cortadas, se le enredan a los pies, y piensa sin duda, en la hora en que caerá la suya;

¿en cuál pica será alzada, en las manos de uno de esos traidores lívidos, que lo rodean?

tantos miembros dispersos, tantas entrañas vaciadas, tantos troncos mutilados, le dan el espanto trágico, de aquello que clama, y no se oye, en las soledades mudas del horror;

y, piensa, en que igual destino, le está reservado, a su cuerpo miserable, el día en que, un Alejandro Sierra, un Juan Francisco Navarro, o cualquiera otro pretoriano, analfabeto y feroz, quiera suprimirlo para reinar, ofreciéndose su cabeza como trofeo, en la punta de la espada;

la presencia invisible de los muertos, es terrible y tenaz, en torno al Asesino;

y, Plaza, siente la obsesión de ellos;

los muertos, matan;

mala vecindad es la de los cadáveres insepultos;

ellos envenenan la atmósfera, aun en la caricia volatilizada de los rosales, que les dan sombra;

nada arrancará a este galeote coronado, de la tiranía terrible de los muertos;

ellos, cumplen su obra deletérea;

el Gran Culpable, palidece bajo el Solio;

el sillón de ese Solio, es un banquillo;

sentado en él, el lúgubre Asesino, sabe que no es el Primer Acusado de un Mundo;

tiembla el Asesino miserable; tiembla la sombra fugitiva y coronada;

esa sombra, no alcanza a reinar, pero, esa sombra, alcanza a deshonrar a un pueblo;

mientras ese pueblo, no se liberte de esa sombra, ese pueblo deshonra a un Mundo;

y, ese Mundo, tiene derecho, a premunirse contra el contagio, de podredumbre y corrupción que le viene de ese pueblo;

¿cómo?

aislando a ese Tirano úlcera, que reina sobre ese pueblo convertido en lepra;

ayudando, a los héroes del renacimiento de ese pueblo, que ya se han alzado contra el Tirano, contribuyendo con ellos, a libertarlo de esa pústula coronada, que le comunica su infección;

mientras Leónidas Plaza, sea Presidente del Ecuador, el

Ecuador, estará fuera de la Civilización, y aún más allá, fuera de la Humanidad.

Plaza, es un muro de oprobio, que segrega a un pueblo, del resto de los pueblos cultos;

el Ecuador, tiene el deber de probar, que es la víctima, y no el cómplice de ese hombre;

¿cómo?

suprimiendo a ese hombre del Poder, ya que suprimirlo de la Vida, sería deshonrar la Muerte;

yo deseo, que Plaza viva;

que se le condene, a vivir;

que arrastre su vida como un grillete, en la soledad, ya que por la grandeza de su crimen, no entrará jamás en el olvido;

y, Plaza vivirá;

las indiadas cobardes de Quito, no tienen valor para asesinar a un hombre de pie;

ellas no saben, sino devorar ancianos desvalidos, prisioneros inermes, héroes amanetados y gloriosos;

¡hienas pávidas, que no saben devorar sino cadáveres!...;

yo, me felicito de la cobardía de esas mesnadas, porque ella, condena a Plaza a la afrenta de vivir, aunque eso deshonre, la vida misma;

lo que es necesario que desaparezca, no es el hombre, que es insignificante, sino el poder de ese hombre que es infamante;

ese Poder, es el oprobio de un pueblo, que formó un día en el rol de las naciones cultas, y que no volverá a él sino el día que elimine ese hombre del Poder;

y, ese Poder caerá;

apoyado sobre el puñal de los asesinos, y sobre la espada de los traidores, se derrumbará, cuando el rostro del Pueblo Vengador, asome en el horizonte, alargando su gesto de Victoria, hasta los cielos sonoros, privados a esa hora de toda mansedumbre.

Plaza, que nació, para hacer despreciable todo, hasta la espada, que otros hicieron gloriosa en la epopeya o siquiera terrible en la batalla, no sabrá que hacer de la suya, tinta hasta la empuñadura, en sangre liberal, y caerá sobre ella, sin ensayar el gesto de esgrimirla;

la talla de este Aquiles de la Cobardía, no es para hacer

una ilusión durable sobre las multitudes, aunque esas multitudes sean las indiadas antropófagas de Quito; los barberos, los cocheros, los seminaristas vesánicos, y los curas disfrazados, que arrastraron el cadáver del nuevo Héroe, sobre los suelos de una Troya clerical, que el rayo despreció bastante para no reducir a cenizas.

Plaza, huirá;

ese hombre, que ha recorrido todos los senderos del Crimen, será incapaz de recorrer los del Honor, a la hora del peligro;

él, que ha hecho del campamento una galera de Cleopatra, del Capitolio la antecámara de Adriano, y del Solio el lecho de Narciso, ese hombre que conquistó sus charreteras, desafiando todas las bajezas, sin haber osado nunca desafiar la Muerte, huirá despavorido;

la hiena, tomará de nuevo. su talla de liebre fugitiva;

y, el horroroso chacal, volverá a ser de nuevo, el gato castrado y doméstico, que todos vieron roznar a los pies de Alfaro, acariciado por su mano, pródiga y piadosa;

la fuerza, que maneja la espada, falta al brazo de Plaza, no tiene sino aquella que maneja el puñal;

eunuco avezado y cauteloso, no sabe vencer, sino asesinar:

ignora los secretos de la Victoria, y no sabe sino los del Crimen;

es, el Alejandro de la hoguera;

¿su batalla campal?

¡la pira de Montero!

el puñal que sirve para suprimir los hombres, no sirve para dominar los pueblos;

se quema un hombre, no se quema un pueblo;

dejad al Asesino victorioso, soñar con la Omnipotencia, en medio del bazar de esbirros que forman su Gobierno;

dejadlo soñar con la Eternidad, puesto de pie, sobre el cadáver de su benefactor;

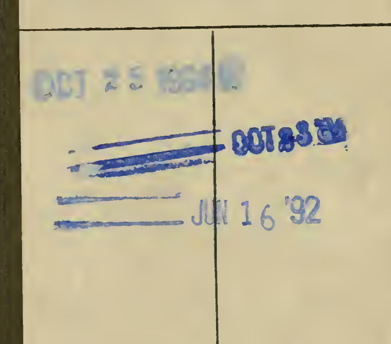
el Rayo, lo despertará;

¿no sentís, en la sombra, cómo avanza el Rayo?

de él, será la última palabra;

Ultima ratio dei.

FIN


OCT 23 '84
JUN 16 '92